

Retiro en la isla

Un thriller corto en Isla Ballena

L. F. Lauren

Serie Isla Ballena

Derechos de autor © 2026 Laura López Fernández Título del libro: Retiro en la isla ©
[L. F. Lauren / Laura López Fernández], 2026. Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de portada: Laura López Fernández

Corrección ortotipográfica y de estilo: José López Falcón

Sello: publicación independiente

Depósito Legal: LG BI 01048-2026

Nota de la autora. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para quienes siguen mis pasos en la serie Isla Ballena desde el principio, entre correos y novelas.

Nota de la autora

¡Muchísimas gracias por confiar en mi trabajo y apoyarme en esta aventura literaria! Como agradecimiento he preparado algo muy especial para ti.

Al final de este relato encontrarás material inédito y exclusivo.

AVISO: por favor, no te asomes a esas páginas hasta haber terminado la historia, porque están llenas de spoilers.

Allí te confieso un final alternativo que descarté, además de curiosidades y anécdotas del proceso creativo, y secretos que están detrás de algunas tramas. Espero que disfrutes este viaje al interior de mi cabeza y que comprendas un poco mejor cómo cobran vida las historias de Isla Ballena.

Prólogo

Odio los domingos de sol. Sales para desconectar y te encuentras con un montón de gente dando por saco. En los sitios turísticos lluviosos como Isla Ballena, el mínimo rayo de luz parece el billete de entrada para que cientos de domingueros colapsen el ferri desde la ciudad y abarroten el casco antiguo para irse de cañas. Además, en cuanto el termómetro ha subido unos grados, la gente ha salido de sus casas y se ha apalancado en las playas de la isla. ¡Qué infierno! ¡Que estamos en abril, por Dios! No sé cómo se atreven a meter ni tan siquiera los pies en la orilla. Ese agua se te clava hasta los huesos como cuchillas.

Por eso se me ha hecho de noche mientras caminaba, buscaba desesperadamente un poco de paz, hoy que la lluvia nos ha dado una tregua. Necesitaba un poco de soledad, sigo con la cabeza hecha un lío.

El paseo marítimo que bordea la playa más cercana a mi alojamiento sigue animado para ser más de las diez de la noche: parejas compartiendo un helado, adolescentes en bici, familias estirando las últimas horas del fin de semana. No hay ferris de vuelta por el aviso amarillo por oleaje y han cancelado todos los trayectos de la tarde, así que muchos de los visitantes tendrán que hacer noche aquí.

Miro hacia la arena, ya completamente a oscuras, y distingo unos puntos de luz intermitentes. Quizás es el típico jubilado con un detector de metales buscando pendientes y anillos perdidos. Me acerco para verlo mejor... Vale, no es un jubilado, sino un grupo de tres personas iluminando el suelo con sus linternas. Podrían ser pescadores organizándose para clavar sus cañas en la arena y pasar la noche a la intemperie.

No sé, parecen muy concentrados mirando el suelo, igual se les ha perdido algo.

Me giro hacia la barandilla del paseo. Ahora que me fijo, veo grupitos de gente amontonada, estirando el cuello hacia la negrura del mar. Me parecen demasiados curiosos para que simplemente se haya perdido algo en la arena.

Y entonces lo veo: en el *parking* de la derecha, situados de mala manera, hay dos coches de policía y una ambulancia con las luces apagadas. Eso no es una buena señal.

El morbo me puede. Soy una cotilla, no lo voy a negar, y la curiosidad me quema por dentro.

—Disculpa, ¿se sabe qué ha pasado? —le pregunto a una mujer apoyada en la barandilla.

Me mira de reojo, con desgana, y vuelve a clavar los ojos en la arena.

—Ni idea. Por ahora no se sabe nada más. A mí no me preguntes.

A ver, asume que estoy al corriente de todo, pero no tengo ni puñetera idea. De todas formas, está claro que pasa de soltar prenda la estúpida esta. Mal sitio para rascar información. La mujer no tiene ninguna intención de alimentar mi vena de vieja del visillo, así que me alejo disimuladamente y abordo a un grupito de púberes que se empujan entre ellos para ver mejor.

—Oye, chicos, ¿sabéis qué ha pasado? —susurro, adoptando mi mejor tono de tía enrollada.

El que parece el lidercillo del grupo se gira, encantado de darme palique. Es su aventura del día.

—Hay un muerto en la orilla —dice, bajando la voz con un entusiasmo macabro—. Dicen que se ha ahogado y lo ha arrastrado la marea. Lleva más de una hora la policía en la playa.

Se me corta la respiración.

—Mira, mira, ahí —interviene otro crío, señalando hacia la oscuridad.

Cuando la luz del faro alumbra hacia la arena se ve perfectamente. Hay alguien tirado con ropa blanca. Es como una túnica.

El corazón me da un vuelco tan violento que me mareo.

—Seguro que es el gurú ese —añade una mujer que pasa a nuestro lado, chasqueando la lengua con una mezcla de lástima y reproche—. El que ha montado ese

retiro espiritual pijo en el Palacete de los Ilustres. Dicen que el cadáver es de un hombre de pelo largo. Pelo largo y túnica blanca... Tiene que ser él, ya te lo digo yo.

No puede ser.

Siento un sudor frío recorriéndome la nuca mientras doy un paso atrás, alejándome del tumulto. No puede ser él, no tiene sentido. Hace apenas unas horas estaba en la finca.

Pero lo que dicen de que se ha ahogado es imposible. Con el horario de actividades completo y el aviso amarillo, dudo que haya salido a nadar alegremente.

Necesito volver al bungaló ya. En cuanto la policía confirme la identidad del cuerpo subirán a la finca para interrogarnos a mis compañeras y a mí, si es que no lo están haciendo ya... Si no ha sido un accidente y descubren que he pasado la tarde fuera del recinto después de lo que ha ocurrido esta mañana, me van a convertir en la sospechosa número uno.

Parte I

Eva

Capítulo 1

Unos días antes

La cristalera panorámica de mi bungalow de diseño cruje cada vez que el viento atiza el acantilado. Se supone que he pagado un pastizal por estas vistas al mar en medio de la nada, pero ahora mismo solo quiero largarme de aquí. Estoy sentada en una cama de matrimonio, apoyada en un cabecero acolchado que huele a una mezcla de salitre y aceites esenciales de lavanda. Llevo puesto un chándal gris dos tallas más grande y una sudadera de algodón ecológico que venía de regalo con el *pack* de bienvenida. Me cuesta ochocientos euros la noche y hace que parezca una presidiaria.

Llevo exactamente cuarenta y ocho horas en el exclusivo retiro de Isla Ballena y ya he llegado a una conclusión clara: este sitio es una maldita tortura.

Me acerco el teléfono a la oreja con el volumen al mínimo y cierro las cortinas por si al gurú o a mis compañeras les da por pasar frente a mi porche. Más vale que no me pillen hablando por teléfono.

—Lucía, me voy de aquí. Esto no es para mí —le digo a mi hermana, que escucha en silencio al otro lado del teléfono.

—A ver, Eva, que acabas de llegar, no llevas en la isla ni dos días. Dale una oportunidad a esto, que te va a venir bien.

—Que no, que me siento estúpida. Todas estas pijas idolatran a Saúl y se han leído todos sus libros. Están enamoradas del nuevo Jesucristo, con su pelo moreno largo y su barba, y esa ropa clara de lino que lleva a lo misionero y siempre con el rosario colgado al cuello... Es que soy superescéptica con todos los temitas espirituales. Si no me hubieses insistido tanto, no estaría aquí haciendo el ridículo.

—Hazme caso, que mi amiga, la que estuvo en el último retiro, no sabes el cambio que ha pegado. Estaba superdeprimida y ahora está empoderada. Ha rehecho su vida y ahora se ha quedado embarazada de un tío majísimo.

—Bueno, pero es que yo no estoy tan deprimida. Igual simplemente esto no es para mí. Mañana a primera hora hablo con la encargada y le digo que me devuelva el dinero, aunque solo sea una parte me vale.

—¿En serio crees que te van a devolver algo? Sabes de sobra que has entrado de rebote y que no es fácil conseguir plaza. Ni de coña te van a devolver un duro, y es una pasta. Será mejor que te quedes y aproveches el retiro. Te vendrá bien para olvidarte del asqueroso de Marc.

—No sé cómo me voy a olvidar de lo que me ha hecho. Me siento humillada y gilipollas. El cabrón, que me prometió que seguiría conmigo aunque no pudiera tener hijos, al final me pone los cuernos con una veinteañera y la deja preñada. Su sueño hecho realidad.

—Pues precisamente por eso. Han pasado seis meses de aquello y sigues con la misma cantinela. Cada vez que quedamos para hacer algún plan solo hablas de él, de su nueva churri y de lo que te hizo. Te pasas el día en bucle espiando su Instagram y pendiente de lo que hace y deja de hacer. No puedes seguir así, estás obsesionada.

—Que ya lo sé, ya lo sé... Que llevo una época un poco tóxica, lo reconozco. Pero estoy en mi derecho. ¡No te jode! A ver cómo estarías tú si te lo hacen a ti.

—Pues precisamente más a mi favor. Ahora que por fin has dado el paso de cambiar tu actitud y rehacer tu vida para volver a ser feliz, no te echas para atrás.

—¿Sabes lo mal que me siento cuando se ponen a meditar y las compañeras cuentan después la experiencia ultrasensorial que han sentido? ¡Que yo no siento nada! Yo no valgo para esto. En la última meditación me convertí en una patata enterrada en una huerta. ¿Pero qué mierda es esa? El resto tienen experiencias místicas y yo soy una patata. Encima no hay día que no llueva. Es un asco. Menos mal que no tengo que compartir bungaló ni tengo que soportar los ronquidos ni los pedos de nadie por la noche.

Escucho la risa de mi hermana al otro lado de la línea y no puedo evitar sonreír. Hace mucho que no río de verdad.

—Bueno, yo qué sé —dice—, igual necesitas más práctica. Dale una oportunidad a la patata que llevas dentro. ¿No hay ninguna compañera que sea maja o qué? Alguna habrá.

—A ver, que sí, que hay gente maja. Hay una francesa, Margot, que me da conversación y con la que he comido estos días. También se acaba de divorciar y creo que esto no va tampoco mucho con ella.

—¿Ves? Que la gente está ahí como tú, queriendo salir de sus mierdas como pueden. Seguro que al final me agradeces que me haya puesto pesada.

—Ya te contaré. Bueno, tengo que colgarte. Si me pillan con el móvil me lo requisan. Suerte que en la caja de la entrada dejé un viejo iPhone que ni se enciende.

—Venga, cuídate, hermanita. Que descanses. Hablamos cuando tengas otro hueco.

Cuelgo y guardo el teléfono bajo el colchón, asegurándome de que quede bien oculto. Miro por la ventana hacia la oscuridad del jardín: llueve a mares y solo se ven algunas luces del Palacete de los Ilustres que parpadean a lo lejos.

En el fondo sé que me vendrá bien desconectar, respirar y fingir que soy una mística iluminada. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que podría pasar en un retiro espiritual? Voy a dormir, mañana será otro día.

Capítulo 2

Lo de esta mañana me ha parecido muy incómodo. Después del desayuno Saúl nos ha dado un *speech* motivacional sobre la energía femenina, el amor y el dinero en un salón que tenemos reservado solo para nuestras actividades dentro del palacete de la finca.

Nunca me había parado a pensar en mis creencias limitantes sobre este asunto, pero admito que lo que ha dicho me ha tocado una fibra bastante sensible. Saúl ha explicado cómo las mujeres sabotamos nuestra propia riqueza y nuestra felicidad por culpa de un patrón cultural muy arraigado: la necesidad de agradar a toda costa. Ha dicho: «A las mujeres os han educado para ser complacientes, cuidadoras y generosas. Os da pánico poner límites y cobrar lo que de verdad valéis porque, en vuestro subconsciente, asociáis el éxito financiero con el egoísmo. Preferís ser buenas antes que ricas. Sentís culpa por desear el dinero y por eso os conformáis con las migajas. Pero no os dais cuenta de que el dinero que no tenéis hoy es una consecuencia de los hábitos y la mentalidad que construisteis ayer. Ahí es donde os debéis poner las pilas. Y hacéis exactamente lo mismo en el amor: os conformáis con las migajas afectivas por pánico a la soledad. Os han vendido que el amor de una mujer consiste en aguantar, perdonar y sacrificarse. Entregáis vuestra energía, vuestra dignidad y vuestra independencia económica a hombres que no os valoran, solo por el miedo irracional a que os dejen de querer».

Me he quedado muda. Sus palabras me han dado de lleno. He pensado en las veces que en el bufete me ha dado una vergüenza tremenda pedir un aumento a mi jefe, y sobre todo en cómo aguanté muchos desplantes de Marc durante años solo por no desestabilizar nuestra relación.

Es exactamente lo que me pasa siempre: prefiero callarme, asumir la pérdida y tragarme el orgullo, con tal de no generar tensión. He confundido la sumisión con el amor y la complacencia con la generosidad.

Es cierto que me cuesta no cuestionar mentalmente cada cosa que dice Saúl, pero, vale, algunas herramientas que nos ha dado para romper ese patrón de culpa y aprender a valorarnos de verdad me pueden servir para cambiar ciertas creencias, mejorar mis finanzas y no tener que depender de nadie en el futuro, ni económica ni emocionalmente. Ok a eso. Si quiero dejar de ser una víctima y empezar a tomar las riendas de mi vida, tengo que empezar por dejar de pedir perdón por querer prosperar y por exigir el amor que de verdad me merezco.

Sin embargo, lo que ha venido justo después no me ha gustado nada, me ha resultado forzado y violento. Nos ha pedido levantarnos a todas y empezar a movernos sin rumbo por la sala con música zen de fondo. Junto a Saúl, como siempre, estaba su ayudante, Aurora. Es la típica chica joven *hippy*-vegana-ecologista menudita con el pelo lacio larguísimo.

Aurora tenía unas campanillas. Cuando las hacía sonar teníamos que pararnos frente a una compañera, mirarnos a los ojos durante diez segundos y darle un abrazo de los largos. A ver, que yo doy abrazos, pero no los doy a desconocidas así, sin venir a cuento. Me parece algo muy íntimo y me ha dado mucho reparo hacer este ejercicio. Que sí, que seguramente lo hará para que vayamos cogiendo confianza, pero me incomoda mucho. No me gusta. Es muy rollo secta.

Cuando hemos terminado el ejercicio chorra este, nos hemos sentado en círculo y ha pedido que compartamos lo que sentimos sobre nuestra relación con el amor y el dinero.

—Lo primero de todo, me ha encantado este último ejercicio. He sentido una conexión increíble con mis compañeras y una energía que no puedo describir —cuenta la más veterana del grupo—. Además, quiero decirte que estoy muy agradecida por haber sido elegida para vivir esta experiencia en tu retiro. Tus libros me han cambiado la vida, Saúl. Si no estuviera aquí hoy, seguiría deprimida en el sofá. Siento que este es el principio de algo muy grande. Te amo.

¿Le acaba de decir que le ama? Buf... Aquí tenemos a una señora grupi entre nosotras.

—Gracias, Beatriz —responde Saúl, fijando en ella una mirada tan intensa que parece que le vaya a traspasar la mente.

—Bety, por favor —interrumpe ella—. Odio que me llamen Beatriz o Bea.

—Bety entonces. Yo también te amo —continúa Saúl—. Pero mírame bien: aparta los ojos de mí y mírate a ti misma. Yo no soy tu salvador. Yo solo soy el espejo que te recuerda quién eres realmente. El mérito no es de mis libros, es tuyo por tener la valentía de aplicar las enseñanzas que hay en ellos y estar dispuesta a pagar el precio de tu transformación. Lo que consigas aquí, en mis mentorías o en tu vida, dependerá exclusivamente de tu nivel de compromiso y apertura. El universo no te da lo que quieres, te da lo que eres.

Bety asiente con los ojos llorosos, completamente fascinada, y continúa:

—Tengo que decir que soy tu mayor fan. El problema es que siento que mi marido no me apoya en este camino, y eso me frena; de hecho, he venido a este retiro sin que lo sepa. Se piensa que estoy en el pueblo de una amiga donde no hay cobertura. Siempre dudo de si divorciarme o no, porque le quiero y todavía dependo totalmente de su sueldo. Y eso que, gracias a tu mentoría, he podido pagarme este retiro con lo que he ganado con mis terapias. Yo siempre he sido ama de casa, hasta que te leí y decidí emprender para sacar algo de dinero a través de mi talento psíquico. Hace un año que atiendo a clientas en casa, les hago reiki, tarot, astrología... Lo que necesiten. Tú me diste el valor, Saúl, solo que todavía no facturo lo suficiente para independizarme.

Saúl sonríe de medio lado, se levanta y camina hacia el centro del círculo. Tengo que reconocer que domina el espacio con una energía magnética.

—Os voy a lanzar una verdad incómoda para todas —dice, elevando la voz para que resuene en toda la sala—. Tomad nota. En esta vida solo hay dos tipos de personas, los cohetes y las anclas, no hay término medio. Lo que no te hace expandirte te está encogiendo. Pensad en vuestras parejas, familiares o amigos íntimos. ¿Esa persona os

hace prosperar, facturar más, brillar, tener mejor salud y elevar vuestra vibración? Si la respuesta es sí, bendecid esa unión. Pero si estar con esa persona frena vuestros sueños, se burla de vuestra espiritualidad, os empobrece y os mantiene en la mediocridad, os está robando el destino de vuestra alma. El amor verdadero multiplica, no resta. Y yo no estoy dispuesto a regalarle mis años a un ancla que me arrastra al fondo del océano. ¿Alguna de aquí sí lo está? Empecemos por asumir la responsabilidad de con quién compartimos nuestras vidas.

Bety se rompe por completo y se echa a llorar. Las compañeras de al lado le dan un abrazo conjunto e intentan calmarla. Menudo drama se ha montado en un momento. A este paso, la pobre mujer vuelve a casa mañana, le pide el divorcio al marido a lo loco y a ver de qué come el mes que viene sin un plan B. Yo no soy quién para juzgar, pero las cosas en el mundo real no son tan sencillas como las pinta el amigo de la túnica. Estoy de acuerdo en que hay que rodearse de personas que sumen, pero, para salir de una relación infeliz, tienes que crearte una red de seguridad primero.

—Yo también quiero decir algo —interrumpe Margot, la francesa—. He leído tus manuales y he intentado poner en práctica la ley de la atracción, pero no logro manifestar mis deseos —continúa—. Ni en el amor, ni en el dinero, ni en la amistad. Me siento muy sola en un país que no es el mío, con una cultura muy diferente. Es muy difícil prosperar siendo extranjera.

Menos mal, alguien que no le besa los pies. Sinceramente, no entiendo qué hace soltera ni qué clase de vacío intenta llenar en un sitio como este. Las pocas veces que hemos hablado me ha parecido una chica de lo más maja, normal y sensata. Además, es una tía joven, como de unos treinta y cinco años, guapa y con una melena rubia natural que llama la atención desde el otro extremo de la sala.

Saúl se detiene frente a ella, se cruza de brazos y le mira directamente a sus ojos azules. Su tono se vuelve frío y directo.

—Solo veo excusas en tu discurso, Margot —dice con una ironía sutil—. La ley de la atracción ha hecho mucho daño. Le ha hecho creer a la gente que basta con visualizar y

repetir afirmaciones frente al espejo para conseguir lo que quieren, y no, esto no es magia potagia. Lo primero es entender que todo es energía, una vibración que emana directamente de los patrones inconscientes que arrastras en tu interior.

Saúl se cruza de brazos y da un paso hacia ella, acortando distancias.

—Tu historia es la típica de la víctima perfecta. Un relato cómodo que te sirve de excusa para justificar por qué tu vida no funciona y por qué no tienes los resultados que deseas. Al Universo le importa una mierda tu pasaporte. Si no estás manifestando abundancia no es por el choque cultural de venir de Francia, es porque estás vibrando desde la carencia más absoluta. Cuando pides desde la necesidad, el lamento, el miedo y la queja, solo atraes más motivos para seguir quejándote. Si tu economía o tus relaciones están estancadas, no busques culpables fuera, es por tu propia falta de entrenamiento mental. Habéis venido a este retiro para que os enseñe a conectar con el propósito de vuestra alma y con la energía del dinero, pero para eso hay que dejar de llorar por las esquinas, romper de una vez esas creencias limitantes y empezar a pensar como una ganadora. Mientras sigas aferrada a tu drama, seguirás siendo insignificante.

Cualquier otra mujer se habría echado a llorar o habría bajado la cabeza, pero Margot ni parpadea. Sostiene la mirada de Saúl durante tres eternos segundos con la mandíbula apretada antes de apartarla con desdén. Esta tía es dura como el granito, aunque yo creo que le ha dolido su respuesta. A mí me ha dejado de piedra.

En cuanto Saúl da por terminada la sesión y nos recuerda la norma del silencio hasta la hora de comer, Margot se levanta. Camina despacio, con paso firme y la cabeza bien alta, apartando a un par de compañeras que intentan tocarle el hombro en plan compasivo. Definitivamente, no quiere la lástima de nadie.

Aun así, siento un impulso estúpido. Yo también me siento fuera de lugar y ver cómo ese ególatra la ha ridiculizado bajo un camuflaje de sermón me ha encendido la sangre. Quizá, si nos aliamos las dos únicas personas cuerdas de este sitio, el retiro sea más soportable.

La sigo discretamente hasta la zona de los bungalós. El suyo es justo el anterior al mío. La encuentro sentada en su porche mirando el mar con los brazos cruzados. La saludo rompiendo la regla del silencio y me coloco a su lado, asegurándome de que Aurora o Saúl no anden cerca.

—Saúl se ha pasado un poco contigo, ¿no? —le susurro muy flojo.

Margot se gira despacio y me mira como si le diera igual. Me arrepiento al instante de haber abierto la boca, no me gusta cotillear ni fomentar el mal rollo, y menos cuando no conozco a la gente.

Capítulo 3

Quizás he metido la pata. Está claro que Margot no es el tipo de mujer que necesita un hombro en el que llorar, su primera reacción en la sala de actividades me lo ha demostrado. Pero, después de dos días compartiendo mesa en el comedor y conversaciones con ella en los pasillos, creo que tenemos una buena conexión; o al menos la única conexión normal de este lugar. Con el resto de las compañeras me siento a años luz; el fanatismo y la idolatría absurda que sienten hacia Saúl me ponen enferma.

«Están chaladas —es lo que le diría a mi hermana por teléfono—. Son una panda de desequilibradas abonando la cuenta corriente de un charlatán». Por supuesto, aquí me guardo la opinión; de hecho, yo formo parte de las que han pagado una pasta para estar aquí. No puedo ser más hipócrita.

Pongo mi mejor cara de póker, suavizo la mirada y juego a ser la tía comprensiva que jamás rompería un plato. Es mi especialidad: camuflarme para agradar. Y así me va.

—No entiendo qué diferencia hay entre mi pregunta y la de Bety para que Saúl haga estos favoritismos —dice Margot—. Esa señora se ha puesto en plan megavíctima, a llorar por las esquinas, y él la ha tratado con una delicadeza increíble. Claro, como le lame el culo y le dice que le ama, con ella es todo compasión. En cambio, como yo he ido directa al grano sin halagos, conmigo ha tenido que ser cruel. Pero me da igual. Voy a reflexionar sobre lo que me ha dicho y algo aprenderé. No tengo la menor intención de tomármelo como algo personal.

«¡Vaya si te lo estás tomando como algo personal! —pienso—. Te está reconcomiendo por dentro».

—Bueno, no creo que sea cuestión de favoritismos —le digo. Utilizo mi tono más dulce y conciliador, el que uso siempre para evitar que la gente se altere—. Quizás Saúl te ha visto más fuerte que al resto y por eso ha sido más directo contigo. No lo sé.

—¿Que no hay favoritismos? Algunas están todo el día pendientes de acaparar su atención, como si estuviéramos en un concurso. Mira la de ayer, la que se puso dramática después de la meditación con ese rollo de que le había bajado la tensión para que Saúl le hiciera caso. Eso lo traía ensayado de casa.

—Pues a mí me pareció que la mujer lo pasó mal de verdad. Tengo entendido que toma alguna medicación para la tensión. Vaya, que no creo que fuera cuento.

—Eso quiero pensar —responde, y la tensión de sus hombros disminuye un poco—. Yo he venido aquí para vivir una experiencia que me ayude a cambiar mi vida y la quiero aprovechar cueste lo que cueste. Si me tienen que llover palos, que así sea. Pero no me gustaría volver a sentir que a otras compañeras les hace más caso o las trata mejor que a mí. Yo no he venido a competir con nadie, he pagado lo mismo que el resto y no me gusta ese tipo de ambientes tóxicos con gente que busca ser la protagonista o que se hace la pobrecita para que le hagan más caso. Yo no voy de víctima por la vida, otras parece que sí.

Bajo esa fachada de acero, le importa muchísimo lo que hagan los demás. Se nota que le escuece. Veo la envidia cada vez que menciona a Bety. Pero no he venido aquí a hablar mal de nadie, ni a crear bandos, ni a ganarme enemigas, así que decido activar mi modo sumiso y darle la razón como a los locos.

—Los grupos de mujeres son difíciles —me limito a decir, con una sonrisa neutra.

Margot suelta una risa amarga y se apoya en la barandilla de madera de su porche.

—Las mujeres son lo peor. No te ofendas, pero hay que andarse con mucho cuidado. Por eso no tengo amigas. Ni aquí, ni en Francia, ni en ninguna parte.

Pongo cara de lástima, aunque por dentro pienso que, si no tiene amigas en ninguna parte del mundo, probablemente el problema sea ella.

—En París tenía una vida perfecta —continúa Margot, y el acento francés se le marca un poco más—. Tenía un buen trabajo, un novio con el que iba a casarme y una mejor amiga. Éramos uña y carne. ¿Y sabes qué hizo ella? Se estaba tirando a mi novio en mi propia cama mientras yo estaba de viaje de negocios. Se quedaron con mi piso, con mis

amigos y hasta con mi perro. Por eso lo dejé todo y me vine aquí. He aprendido a no confiar en nadie. La gente siempre quiere lo que tú tienes. Te sonreirán a la cara y esperarán a que te gires para clavarte el puñal.

Un escalofrío me recorre la espalda. Hay algo en su dolor que me toca una fibra sensible. A veces, la única forma de que la gente baje su escudo es mostrar tus propias heridas.

—Te entiendo —le digo, bajando la voz—. Yo también me siento supersola últimamente.

—¿A ti también te han traicionado?

—Me divorcié hace seis meses. Mi marido me cambió por una chica más joven —confieso. Me guardo el dato de que la dejó embarazada y mis propios problemas de fertilidad porque no quiero hablar de mis mierdas de nuevo—. Pero lo peor es que teníamos muchos amigos en común, el típico grupo de toda la vida. Al final... Bueno, la gente elige un bando. Y le eligieron a él. Así que he perdido mi matrimonio y, de golpe, también he perdido a mi gente. Al menos me queda mi hermana, que es mi gran apoyo.

—Por suerte tú tuviste la oportunidad de tener amigos —dice en un susurro—. A mí solo me han utilizado.

«Increíble —pienso—. ¿Estamos compitiendo por ver quién tiene la vida más miserable?».

—Bueno, será mejor que vaya a mi bungaló antes de que nos vean rompiendo la regla del silencio —le digo, saliendo del porche—. Nos vemos para comer.

—Luego te toco la puerta y vamos juntas si te parece —responde ella. Su tono ha cambiado, ahora parece más amable.

—Claro. Luego nos vemos. —Le devuelvo mi mejor sonrisa de compromiso.

Me doy la vuelta y camino hacia mi bungaló. En cuanto cierro la puerta, suspiro profundamente, agotada de sostener mi propia máscara de amabilidad.

Tengo las cosas claras: en el mundo real, jamás me haría amiga de alguien como Margot. Parece envidiosa y arrastra una paranoia con las mujeres que no me gusta un

pelo. Pero este retiro de lujo no es el mundo real. Aquí dentro prefiero mantener la complicidad con alguien que ha podido pasar por algo parecido a mi situación, para no sentirme tan sola.

Al fin y al cabo, en este lugar nadie es lo que parece y todas libramos nuestras propias guerras ocultas. Sin ir más lejos, la mía consiste en interpretar el papel de santa mansa y compasiva ante el grupo, mientras por dentro me muero de asco con mucha de la palabrería de Saúl y la patética servidumbre de sus grupis. La única persona con la que puedo ser yo misma sin sentirme juzgada es mi hermana.

Capítulo 4

En cuanto me encierro en el bungalow hago trampas. Sé que está prohibido, pero saco mi móvil secreto de debajo del colchón y me pongo a curiosear el Instagram de Saúl. Sus *reels* están inundados de miles de comentarios de fans completamente entregadas. Al principio me parece patético ver cómo la gente se deja hipnotizar por un desconocido, pero, a medida que sigo deslizando el dedo por la pantalla, me quedo alucinada.

Leo testimonios de mujeres que aseguran haber salido de relaciones de maltrato gracias a él. Otras que han triunfado en sus negocios por sus cursos de mentalidad financiera. Mujeres que han sanado traumas familiares, que han adelgazado, que se han comprado la casa de sus sueños... Este tío parece tener un poder sobrenatural para hacer milagros. Quizás mi hermana Lucía tiene razón y tengo que abrir la mente. Quizás no todo en esta vida es tan racional y matemático como yo creo. Quizás Saúl sí pueda ayudarme a arreglar mi vida de mierda.

Me quedan quince minutos de tranquilidad antes de ir a comer cuando, de repente, llaman a la puerta.

Doy un salto, apago la pantalla del teléfono a toda prisa y lo deslizo bajo la almohada. Inspiro hondo para calmar las pulsaciones. Será Margot, que se ha adelantado, seguro que quiere que vayamos juntas al comedor para seguir charlando.

Me coloco bien la sudadera y abro la puerta. Para mi absoluta sorpresa, el que está al otro lado es Saúl.

—El escepticismo no es más que miedo disfrazado de inteligencia, Eva —continúa él—. Tienes miedo de dejar ir tu sufrimiento porque no sabes qué hay al otro lado de la vida mediocre que tienes ahora. Tienes miedo de confiar.

—No es miedo, es solo que soy una persona lógica.

—Cierra los ojos —me interrumpe con suavidad.

—¿Qué?

—Cierra los ojos. Confía en mí solo durante sesenta segundos.

Dudo. Todo mi ser me grita que mantenga las distancias, pero, antes de que pueda dar un paso atrás, Saúl recorta el espacio que nos separa y me envuelve en un abrazo. Al quedar atrapada contra su pecho, un aroma penetrante me inunda las fosas nasales: una mezcla intensa a sándalo y cedro que emana directamente del rosario de madera que lleva colgado al cuello.

—Déjate llevar... —me susurra al oído con un aliento cálido—. Solo sesenta segundos...

Vencida por esa cercanía magnética, dejo caer los párpados. Escucho su respiración pausada y siento el roce sutil de las cuentas de madera de su rosario contra mi clavícula. De repente, el abrazo se deshace ligeramente y coloca una palma en mitad de mi pecho, justo encima del corazón, y la otra en mi nuca. Me da un escalofrío, siento que roza la línea estrictamente profesional, pero me dejo llevar.

—No pienses, siente... —me susurra al oído—. Inhala el salitre del mar... y exhala el dolor que traes arrastrando desde la ciudad... Déjalo ir...

Entonces ocurre. No sé cómo describirlo, pero una oleada de calor brutal empieza a expandirse desde su mano en mi pecho por todo mi cuerpo. Es una vibración extraña, una corriente eléctrica que me recorre la columna y me afloja los músculos de golpe. Toda la ansiedad acumulada, toda la tensión del divorcio parece disolverse en esa vibración. El corazón me late con fuerza, pero no por pánico, sino por una energía salvaje que jamás en mi vida había sentido. Estoy flotando.

Abro los ojos de golpe, asustada por lo que acabo de experimentar. Saúl está extremadamente cerca de mí. Demasiado. Su rostro está a apenas unos centímetros del mío con los ojos cerrados. Su mano sigue apoyada en mi pecho.

—Hay una luz enorme en ti, Eva —murmura—. No dejes que el pasado la apague. He notado tu energía desde el primer día. Eres una mujer especial. Eres diferente a las demás, solo tienes que abrirte.

Trago saliva, incapaz de moverme, completamente hipnotizada. Doy un sutil paso atrás, rompiendo el contacto. Él ni se inmuta y retira la mano despacio, manteniendo esa sonrisa de superioridad. Para romper la tensión del ambiente, busco cualquier tema de conversación. Lo primero que me viene a la mente es mi charla de hace un rato.

—Bueno... No sé todavía dónde está esa energía, pero estoy intentando adaptarme a todo esto que es nuevo para mí —digo rápidamente, forzando una sonrisa—. De hecho, estoy esperando a Margot para ir al comedor juntas.

Saúl arquea una ceja, atento.

—En esta vida hay que saber muy bien con quién se junta uno. Margot todavía está en pleno conflicto con su ego y vibra en escasez. No dejes que su resistencia detenga tu propio proceso.

—Creo que has sido un poco duro con ella en la sesión de esta mañana —digo rápidamente, queriendo proteger a la francesa—. Pero de verdad te digo que Margot es una tía muy fuerte. Creo que solo necesita sentirse escuchada.

Saúl agarra el pomo de la puerta entreabierta para salir al porche. Antes de responderme, se detiene en seco.

Al otro lado, con la mano suspendida en el aire a punto de llamar, está Margot.

Se me hiela la sangre. Margot se queda petrificada mirando a Saúl y luego mirándome a mí dentro del bungalow. Su mirada se clava en mis mejillas, que estoy segura de que están completamente rojas. Ha tenido que escuchar su nombre de mi boca justo antes de que Saúl abriera la puerta.

Él, impecable como siempre, ni se inmuta. Le dedica una de sus sonrisas perfectas.

—Buenas tardes, Margot. Que tengáis un buen almuerzo —dice con total naturalidad, bajando los escalones del porche y perdiéndose bajo la lluvia.

Me quedo quieta en el umbral, mirando a Margot. Su rostro cambia de golpe, ya no es el de la mujer vulnerable de hace media hora.

—Margot... —intento sonreír, dando un paso hacia fuera—. Justo iba a salir. Estaba hablando con Saúl de...

—Es la hora de comer. Vamos —me corta.

Se da la vuelta sin esperarme y empieza a caminar a paso rápido hacia el edificio principal del palacete.

La sigo bajo la lluvia, intentando mantener su ritmo, pero no me dirige la palabra en todo el trayecto. El silencio entre las dos es supertenso. Su actitud hacia mí ha cambiado por completo en un segundo y la complicidad de hace un rato se ha evaporado.

Y lo peor es que mi cabeza ya ha empezado a hacer lo que mejor sabe: torturarme con mil hipótesis: «¿He hecho algo mal? ¿Viene cabreada por otra cosa? ¿Habrá pasado Saúl por su bungaló antes de entrar en el mío y por eso está así? Ni idea».

Intento convencerme de que me da igual, de que, si tiene un problema conmigo o con alguien, que lo suelte, que yo no le he hecho nada. Pero soy incapaz. Pertenezco a esa clase de personas patéticas que, en cuanto alguien se queda en silencio, asumen de inmediato que la culpa es suya.

Capítulo 5

Entramos en el majestuoso comedor del palacete. El olor a pan de masa madre inunda el ambiente, pero a mí se me ha cerrado el estómago. Tal y como me había prometido, Margot se sienta a mi lado, pero habría sido más cálido sentarse junto a un bloque de hielo. No me mira. No me habla. Se limita a desmenuzar el pan con los dedos manteniendo los ojos clavados en su plato.

A nuestro alrededor, las demás compañeras charlan sobre sus experiencias místicas de la mañana, y ahora puedo entender cómo se sienten. Aun así, yo solo quiero que esta especie de castigo de silencio de Margot termine para encerrarme en mi cuarto a hablar con mi hermana y que me diga que no es cosa mía, que tendrá algún problema personal y que no me raye como siempre porque no estamos en el patio del colegio.

Entonces un ruido fuera me saca de mis pensamientos.

Al principio es un eco lejano, pero enseguida se transforma en un griterío amortiguado por la tormenta. Luego, escucho el sonido metálico de un megáfono.

—¡Menos retiros de pijos y más vivienda digna!

Los murmullos en el comedor se cortan en seco. Varias mujeres dejan los cubiertos sobre los platos de porcelana, alarmadas. Margot levanta la cabeza por primera vez, entornando los ojos hacia los grandes ventanales que dan a la entrada de la finca.

Fuera, el jaleo va a más. Se escuchan golpes rítmicos, como cacerolas, y gritos enfurecidos.

—No me lo puedo creer, otra vez el de siempre —dice Aurora, llevándose una mano al pecho, escandalizada.

Aurora, la ayudante menudita de Saúl, se levanta de su mesa a toda prisa con cara de pánico y corre hacia la puerta principal. El morbo y el desconcierto general hacen que, en cuestión de segundos, la mitad del comedor nos levantemos y salgamos al jardín de la entrada para ver qué coño está ocurriendo.

El espectáculo que nos encontramos bajo la lluvia es dantesco.

Al otro lado de la gran verja de hierro del palacete hay un grupo de unas quince personas. Son vecinos del pueblo, con impermeables y caras de pocos amigos. En el centro, sujeta por cuatro de ellos y chorreando agua, despliegan una enorme pancarta blanca escrita con pintura roja:

TURISTAS NO. MENOS CIRCO ESPIRITUAL Y MÁS VIVIENDA DIGNA.

Pero lo más surrealista no es la pancarta, es el tío que lidera la protesta.

Está subido a un murete de piedra, empapado hasta los huesos, agarrando el megáfono con una mano y un tambor con la otra. Lleva una peluca pelirroja aplastada por la lluvia, la cara pintada de blanco con una enorme sonrisa sangrienta dibujada alrededor de la boca, unos pantalones gigantes a rayas y unos zapatos ridículos.

—¡Bienvenidos al circo de los ricos! —grita el payaso a través del megáfono—. ¡Venís aquí a limpiar vuestro karma con billetes de quinientos euros mientras hacéis que suban nuestros alquileres a los que vivimos y trabajamos en la isla! ¡Nos estáis echando de nuestras casas para montar vuestros chiringuitos de mierda! ¡Sois todos unos payasos! ¡Unos payasos con dinero y sin escrúpulos!

La escena es grotesca. Los manifestantes empiezan a golpear la verja con rabia, haciéndola retumbar.

Miro de reojo a Margot, que está a solo unos centímetros de mí en el porche, y le dedico una frase para intentar romper la tensión que hay entre nosotras.

—Menudo panorama... —susurro, forzando una sonrisita de complicidad—. Desde luego, nadie nos avisó de que el retiro incluía un circo de verdad.

Esperaba un bufido, un suspiro de alivio, una mirada de «vaya locura». Cualquier cosa que nos devolviera la complicidad de antes.

En lugar de eso, Margot se gira despacio y ni siquiera parpadea.

—No le veo la gracia —me suelta, con una voz cortante—. Esa gentuza no tiene ni idea de quién es Saúl ni de lo que hace por nosotras. Y tú deberías preocuparte por tus propios asuntos en lugar de reírte de todo.

Se da la vuelta de golpe y entra de nuevo en el palacete, dejándome clavada en el porche.

Trago saliva, con el corazón desbocado. Me deja totalmente rayada. Esto ya no es un simple malentendido, a esta chica le pasa algo directamente conmigo. ¿Tanto le ha trastornado ver a Saúl salir de mi habitación? No puedo entenderlo. No sé si dejarlo correr o hablar con ella en otro momento.

Capítulo 6

Después de la escenita del payaso, Saúl y Aurora nos han dado una charla a modo de disculpa en el vestíbulo antes de dejarnos retomar la comida. Junto a ellos se ha colocado Verónica, la encargada de los eventos del palacete, una mujer de aspecto impecable, pelo recogido y ropa ejecutiva que no pega absolutamente nada con el ambiente zen del lugar.

Aurora, con su habitual tono de *happy flower*, ha tomado primero la palabra para pedirnos perdón por las molestias y el «desequilibrio de la energía», asegurándonos que, en compensación por el mal rato, la organización nos regala un día más de retiro totalmente gratis.

—Queremos transmitir total tranquilidad —ha añadido Verónica—. Todas las personas que habitáis este recinto, ya sea en el hotel o en los bungalós del retiro, sois más que bienvenidas en esta isla. La inmensa mayoría de la población local está profundamente agradecida por todo lo que ha traído la reforma y la reapertura del Palacete de los Ilustres. Nosotros damos trabajo directo a muchísimos isleños y el turismo que atraemos genera una riqueza enorme. Traemos a huéspedes que respetan, cuidan y aprecian de verdad a los habitantes de Isla Ballena.

Saúl ha levantado una mano con un gesto pausado, pidiendo silencio, interrumpiendo a Verónica con suavidad y autoridad. Ha dado un paso al centro y ha tomado la palabra:

—Lo que habéis presenciado ahí fuera no es una protesta, es el reflejo del miedo y la resistencia al cambio. Es solo un grupo muy limitado de cuatro almas perdidas que se han dejado arrastrar por la vibración de un radical llamado Charly. Este hombre lidera una cruzada personal y absurda, nacida del resentimiento y del rechazo a lo nuevo. Nos persigue y molesta en cada edición que hacemos de este retiro. Lo que él y sus seguidores

no quieren admitir, cegados por el orgullo y el ego, es que la isla nos necesita; que sin los visitantes que traen su energía y su abundancia a Isla Ballena vivirían en la miseria y en la escasez por completo. Por lo tanto, no les deis vuestro foco. No permitáis que su ruido ensucie vuestro proceso de transformación.

—Ya hemos activado los mecanismos legales necesarios para que no vuelvan a molestar vuestro santuario en lo que queda de estancia —dice Verónica.

Varias compañeras empiezan a aplaudir sutilmente, conmovidas. Saúl espera a que se haga el silencio, entrelaza los dedos de las manos y nos recorre a todas con esa mirada de un verde tan profundo que hipnotiza.

—Es una persona que vive en la escasez absoluta —dice con su habitual carisma—. Y, en lugar de esforzarse por elevar su vibración y prosperar, prefiere volcar su veneno sobre los que sí hemos tenido la valentía de buscar la abundancia. Recordad esto: la escasez no es una circunstancia financiera, es un patrón psicológico, una prisión mental en la que la gente elige vivir. Compadecedlo, bendecid su proceso y volvamos a nutrir nuestros cuerpos, que son el templo del alma.

Sé que habla del payaso de la verja. Pero, Dios mío, no puedo evitar sentir que cada palabra va dirigida a mí. «Atrapado en la queja»... Es exactamente lo que me ha dicho a solas en mi habitación. Y lo que me dice siempre mi hermana Lucía. Quizás de verdad estoy enferma de amargura. Quizás necesito que alguien como él me dé la cura a mi malestar permanente.

Hace solo un par de horas, la idea de pasar un día extra en esta isla me habría parecido una condena a muerte, habría querido salir corriendo, pero ahora... Ahora miro a Saúl y el corazón me da un vuelco de expectación. Un día más. Un día más para entender qué me ha hecho en el bungaló, qué es esa corriente eléctrica que me ha dejado flotando y si de verdad este hombre tiene el poder de arreglar mi vida.

Nos mandan de vuelta a las mesas y el almuerzo se reanuda. Me siento al lado de Margot, pero la francesa ni me mira. Hago comentarios sobre lo rica está la comida y me responde con monosílabos. Intento convencerme de que me da igual, de que yo no le he

hecho nada y de que ella sabrá qué película se ha montado en su cabeza. Pero la comida se me hace bola en la garganta.

Después de comer, nos reúnen de nuevo en el salón para llevar a cabo una nueva dinámica grupal. Intento mantener mi escepticismo alerta, no pensemos que porque el gurú me haya hecho un truco de magia con las manos en el pecho voy a pasar por el aro en todo lo que proponga. Mi lado lógico lucha por recuperar el control.

Esta vez, Saúl nos advierte con semblante serio de que el ejercicio de hoy es el más importante de estos días y que requiere consentimiento por escrito. Aurora empieza a repartir unos folios oficiales para que los firmemos antes de empezar. Nadie me había avisado de que tendríamos que firmar contratos de descargo de responsabilidad para un retiro místico.

Empiezo a leer el papel y empiezo a flipar. Habla de «sustancias de origen natural» y «riesgos de alteración de la conciencia», y nos obliga a confirmar por escrito que no padecemos problemas cardiovasculares ni estamos embarazadas.

Siento una punzada de alarma. Antes de firmar nada, me levanto discretamente y me acerco a Aurora, que está junto a la mesa auxiliar organizando unos frascos de cristal.

—Perdona que interrumpa la dinámica antes de empezar, pero quiero entender mejor lo que estoy firmando —le susurro, enseñándole el papel.

—Ah, sí, no te preocupes, es una mera formalidad —me responde—. Con tu edad no vas a tener ningún problema. Solo por asegurarme: ¿tomas algún tipo de medicamento para la depresión o la ansiedad?

—No, no tomo nada y no tengo depresión.

—Perfecto. ¿Has tenido alguna adicción a las drogas o al alcohol, o alguna alergia conocida a algún componente herbal?

—No a todo.

—Bien. Y ya por último: ¿estás embarazada o crees que podrías estarlo?

Esa pregunta me da de lleno en mi punto débil. Siento como si me hubieran propinado un puñetazo en el estómago. La imagen de Marc, las discusiones, las pruebas de embarazo negativas y la cara de la veinteañera preñada que ahora ocupa mi lugar me pasan por la mente como un torbellino de dolor. Claro que no estoy embarazada. Ni jamás lo estaré. Y esa mala suerte es, precisamente, la que me ha traído a esta isla.

—No, no hay ningún riesgo de embarazo —respondo, forzando una voz neutra y sin dar más explicaciones.

—Entonces no hay ningún peligro, de verdad —sonríe Aurora, ajena al destrozo que acaba de hacerme por dentro—. Solo vais a tomar unas infusiones naturales que tienen un ligero efecto hipnótico y calmante. Ayudan a relajar la mente analítica para conectar con vuestro verdadero propósito en una meditación guiada muy potente que va a liderar Saúl.

—¿Estamos hablando de drogas? —le pregunto, estupefacta.

—Bueno, sí y no —titubea, manteniendo su sonrisa imperturbable—. Es algo muy suave, de origen vegetal. En serio, no tienes por qué preocuparte. Tanto Saúl como yo participamos siempre y nunca le ha pasado nada a nadie. Al contrario, es la dinámica mejor valorada en todas las ediciones.

Lo siento, pero por ahí sí que no paso. Nunca he tomado drogas en la ciudad y no voy a empezar a hacerlo en un acantilado perdido de la mano de Dios.

—Te agradezco la invitación, pero prefiero no dar mi consentimiento para esta dinámica. No me siento cómoda.

Aurora parpadea, perdiendo por una milésima de segundo su fachada angelical.

—¿Estás segura? Es una de las sesiones más importantes del retiro. Es donde las participantes experimentan sus mayores revelaciones. Yo no me la perdería.

—Estoy segura. Prefiero quedarme al margen de esto.

Puede que haya tenido una experiencia extraña y magnética con Saúl en mi bungalow, de acuerdo, pero no soy gilipollas. No van a convencerme para drogarme en grupo como si esto fuera la secta del Ayahuasca. Tengo que llamarla a Lucía en cuanto pueda, mi hermana va a alucinar con esto.

Decidida a marcharme a mi habitación, atravieso el pasillo para llegar al vestíbulo. Entonces me topo con Margot saliendo por la puerta de los aseos. Qué cruz... ¿Es que no puedo pasar diez minutos en este sitio sin tener un momento incómodo con ella?

—Hola —le digo.

No me responde, ni siquiera me mira. Ignora mi existencia por completo.

Ahora sí que alucino. Esto ya es ridículo. Está claro que le pasa algo directamente conmigo.

—Perdona... ¿Te ocurre algo conmigo? —le pregunto antes de que se aleje—. Es que no entiendo por qué no me respondes.

Margot se gira despacio y me clava sus ojos azules.

—Es que no tengo nada que hablar con una persona falsa que va hablando mal de la gente por la espalda —me suelta como si nada.

—¿Cómo dices? —Me quedo de piedra. ¿Yo hablar mal de alguien, si la única que ha despotricado de las compañeras a la primera de cambio ha sido ella?—. Yo no he hablado mal de ti. Al contrario.

—¡Por favor! —se ríe, con una mueca amarga—. Cuando he ido a buscarte a tu bungaló para ir al comedor, os he escuchado perfectamente a Saúl y a ti a través de la puerta. Estabas hablando de mí. No soporto a la gente hipócrita que me sonríe a la cara y luego va por detrás utilizando mi nombre sin mi permiso.

Aprieta los dientes, dando un paso hacia mí. Su paranoia me resulta alucinante.

—Y por si fuera poco, vas de mosquita muerta —continúa—. Finges que todo esto te parece ridículo, pero bien que te vas a solas con Saúl a tu habitación. No sé qué coño estabas haciendo allí dentro con él, pero se te nota a la legua lo que buscas. Todas sois iguales. Perdiendo el culo por Saúl, intentando acaparar su atención y ligando con él como perras para ver si os hace caso. No me fío de ti un pelo.

—¿Pero te estás escuchando? —le digo, sintiendo cómo me sube el calor a la cara—. ¡Si solo le estaba diciendo que eres una tía fuerte! Ha sido un comentario

totalmente inocente y a tu favor. Y desde luego, no estaba ligando con él, ni mucho menos. ¡Solo faltaba eso! De verdad, no entiendo qué película te has montado en la cabeza.

Margot murmura algo despectivo en francés por lo bajo que me suena a insulto. Yo me quedo allí, bloqueada. Odio las discusiones, me paralizan y no sé cómo responder a los ataques. Y, como siempre me pasa, siento ese impulso patético de agachar la cabeza, bajarme los pantalones y pedir disculpas por algo que ni siquiera he hecho, solo para que deje de estar enfadada conmigo.

—Lo siento si has interpretado mal lo que has oído —le digo con voz temblorosa, odiándome a mí misma por disculparme—. De verdad que no era mi intención molestarte. De verdad que no he hablado mal de ti y que no he tratado de que pase nada con Saúl. No sé cómo demostrártelo, pero tienes que creerme. Solo quiero que sepas que creo que te equivocas conmigo.

—Yo no me equivoco nunca —me corta ella clavándome un dedo en el pecho—. Tengo el instinto muy desarrollado para detectar a las traidoras. No me hables, no me mires y mantente alejada de mí en lo que queda de retiro. *Fausse de merde...*

Se da la vuelta y me deja con una lágrima cayéndome por la mejilla.

Genial. Pues fin del asunto. Yo ya no puedo hacer más.

Salgo del edificio principal a paso rápido, llorando bajo la lluvia inclemente que azota el camino hacia mi bungalow. Echo el pestillo con las manos temblorosas y me tiro sobre la cama.

Paso de la clase con las infusiones raras. Paso de la cena. Y paso de Saúl, de Margot y de su secta de locos. Menudo día de mierda. Parecía que la cosa mejoraba cuando ha estado con él en mi habitación y he tenido esa experiencia energética tan brutal, y ha terminado de la peor manera posible. Esto sí que es tirar el dinero.

Mañana hablaré con Aurora para decirle que lo dejo. Esto no me hace ningún bien.

Capítulo 7

Me despierto de golpe, desorientada y con la boca tan seca que me cuesta tragar. Miro el reloj. ¡Qué desastre! La tensión de la movida con Margot me ha dejado fuera de combate. Se me ha ido media tarde durmiendo una siesta de ultratumba mientras el resto del rebaño está ahí fuera, tomando sus hierbas reveladoras e *iluminándose*.

No lo voy a negar, siento un poco de curiosidad morbosa. Pero soy fiel a mis principios: nunca he tomado drogas y no voy a dejarme atrapar por sus dinámicas experimentales. De hecho, ¿esto es legal? No me puedo creer que señoras como Bety, que ya rondará los sesenta, se dejen arrastrar por estas movidas sin cuestionarse absolutamente nada. Supongo que, cuando no tienes nada que perder, cualquier locura te parece una posible salvación. O una segunda juventud.

Aprovecho que estoy recluida en mi bungaló para sacar el móvil y llamar a mi hermana. Necesito contarle todo lo que ha pasado hoy.

—A ver, esa francesa es gilipollas —me suelta en cuanto termino de relatarle mi batallita sin respirar.

—Ya, bueno, que me digas eso no me soluciona nada.

—Coño, olvídate de que esa tía existe y aprovecha lo que has pagado. ¿En serio vas a dejar que una amargada paranoica te joda el retiro?

—Es que no es solo Margot. Lo de las infusiones con droga ha sido la gota que colma el vaso. Esto se está volviendo muy turbio.

—Mira que eres remilgada... —suspira ella al otro lado de la línea—. Ya que estás allí, vive la experiencia completa. Si además me dices que esta mañana has tenido esa especie de epifanía con Saúl a solas en tu habitación, ¿qué más pruebas necesitas? Abre un poco la mente, joder. Mira a ver qué te puede aportar todo esto.

—En serio, ¿tú también defiendes esta mierda? —bajo el tono de voz, pegando la boca al micrófono—. Lucía, que esto tiene tintes de secta total. Lo siguiente será que pongamos las escrituras de nuestras casas a nombre de Saúl.

—A ver... No exageres, que no es para tanto. Mi amiga me dijo que la sesión de las infusiones fue lo mejor, un punto de inflexión en su vida.

Me quedo helada y me incorporo en la cama.

—¡Ah! ¿O sea que tú ya sabías que aquí daban sustancias? ¡Alucino de verdad! Parece que no me conoces.

—¿Puedes dejar de ser la hermana mayor responsable por una vez en tu vida y soltarte un poco la melena? —Su tono pasa de la defensa a la impaciencia—. Relájate de una vez. Estás de vacaciones, lejos del bufete y de todo el mundo. Nadie te va a juzgar. No tienes pareja, no tienes hijos, no tienes responsabilidades de las que huir... Disfruta.

La palabra *hijos* me corta la respiración.

—No hace falta que me lo recuerdes de nuevo... —murmuro, con un nudo en la garganta.

—Lo siento, ha sido un desliz —se disculpa Lucía enseguida—. Solo quiero decirte que dejes de analizarlo todo. Intenta pegarte a Saúl todo lo que puedas. No sé, quéjate un poco y consigue alguna sesión privada. Que quien no llora no mama. Eso es algo que la gente normal no puede hacer con sus cursos a distancia. Disfrútalo, igual es una oportunidad que solo tienes una vez en la vida.

—Como me pegue a Saúl, le estaré dando la razón a la loca de Margot. Dirá que soy una lagarta.

—¿Y a ti qué más te da lo que piense esa tía? Tú has pagado una pasta de tu bolsillo, amortízala. Exprime al gurú al máximo y que le den a la francesa. Que se muera de celos, de envidia o de la paranoia que tenga en su cabeza.

—Bueno, mira, mejor lo dejamos por hoy. Creo que necesito que me dé un poco el aire, porque estoy que me subo por las paredes en este cuarto. Voy a salir a dar un paseo por los acantilados de fuera de la finca.

Cuelgo antes de que pueda convencerme del todo. Confío en el criterio de mi hermana demasiado, pero me resisto por completo a seguir al rebaño de corderitos a expensas del pastor. Inspiro hondo, frotándome las sienes, y me dispongo a guardar el teléfono en su escondite bajo el colchón.

Entonces, el corazón me da un tumbo.

A través del enorme ventanal, recortada contra el cielo gris, veo una silueta en mi porche. Se mueve rápido, apartándose del cristal a la desesperada al darse cuenta de que he colgado la llamada.

Es la melena rubia de Margot.

Un sudor frío y paralizante me recorre la columna de arriba abajo. ¿Esta tía me estaba espiando? Y, teniendo en cuenta la posición en la que estoy sentada en la cama, es imposible que no haya visto el iPhone iluminado en mis manos.

Capítulo 8

Salgo corriendo al porche a buscar a Margot, pero ya no hay ni rastro de ella, ha desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Seguro que va disparada a contarle a Aurora que tengo un móvil escondido en mi habitación. Pues mira, que diga lo que quiera. Al fin y al cabo, si me tienen que echar por incumplir las normas del retiro, casi que me hacen un favor. Así ya tengo la excusa perfecta para largarme de una vez de este sitio sin sentirme culpable y dejar de darle vueltas a qué hacer con mi vida.

Aprovecho que por fin ha dado un respiro la lluvia y salgo a andar un poco antes de que se haga de noche. Bordeo la finca por los caminos de piedra mojada, con los ojos bien abiertos. Voy mirando a todas partes de reojo, esperando ver aparecer a Margot en cualquier esquina para señalarme con el dedo.

A lo lejos, justo detrás de la fachada trasera del palacete, distingo dos siluetas apartadas de todo, resguardadas junto al muro de piedra. Me detengo en seco detrás de unas hortensias empapadas en modo cotilla: son Aurora y Saúl. Hablan en susurros, con un lenguaje corporal un poco tenso. Siento que el corazón me da un vuelco. Ya está, Margot ya me ha delatado. Están hablando de mí y de mi teléfono secreto, y están decidiendo cómo echarme.

Estiro el cuello disimuladamente entre las hojas mojadas del arbusto, buscando con la mirada a la francesa. Miro a derecha e izquierda. No hay rastro de Margot por las inmediaciones. ¿Dónde se ha metido?

Vuelvo a clavar los ojos en la pareja. Siguen hablando muy juntos, casi rozándose. Y entonces ocurre algo que me deja completamente de piedra. Aurora da un paso al frente, le rodea el cuello con los brazos y le da un beso en los labios. Saúl la agarra por la cintura y le corresponde después con otro beso. No es un gesto místico ni de consuelo espiritual, es un beso apasionado de los de toda la vida.

Vaya, vaya... Con que esas tenemos... Ok, lo pillo. Seguramente son pareja además de llevar juntos todo el negocio de Saúl. Me juego el cuello a que es un secreto a voces en el retiro y yo aquí, en plan detective privado, pensando que acabo de descubrir América.

Seguro que todas las compañeras lo saben de sobra. Sin embargo, ver la escena me deja un cuerpo rarísimo. Siento una especie de punzada molesta que me cabrea un montón.

Me viene a la cabeza el momento en mi bungalow, cuando Saúl me ha puesto la mano en el pecho y me ha dicho que yo era especial, que era diferente a las demás. Que me ha hecho hasta ilusión que alguien me dijera una cosa así después de lo de Marc.

Menuda gilipollas estoy hecha... Qué ingenua soy... Está claro que esa es la típica frase que este tío les suelta a todas las compañeras para que ganen seguridad, crean en ellas y se tiren de cabeza a sus pies. Y yo casi caigo.

Pero lo que de verdad me revienta es darme cuenta de que me jode. Me jode un poquito que tenga pareja, para qué nos vamos a engañar. He pasado tantos meses odiando a mi ex que ya había perdido la fe en volver a pillarme por alguien.

¿Pero por qué mierdas estoy pensando estas cosas de él? Es que me doy rabia a mí misma. ¿Hace unas horas me parecía un gurú charlatán e insoportable con complejo de mesías, y ahora me pongo celosa porque se besa con su ayudante? Qué patética soy, de verdad... Tengo la cabeza hecha un lío.

Después del paseo por los acantilados me siento menos tensa y, sobre todo, menos tonta. El sonido de las olas chocando contra las rocas, el graznido de las gaviotas y la brisa marina me han devuelto el sentido común que había perdido en el retiro.

De vuelta a mi bungalow saco con sigilo el móvil del colchón y voy directa al baño para que no se filtre la luz de la pantalla por la ventana. Cierro la puerta y me siento sobre la tapa del váter para escribirle a mi hermana. Después de ver la silueta de Margot pegada a mi cristalera hace un rato, la paranoia me tiene completamente consumida. Tengo la constante sensación de que me están vigilando.

Lucía, he decidido que me quedo. Coño, es que he pagado una pasta por estar aquí y, aunque no comulgue con la mitad de las locuras que se hacen en este sitio, tienes razón. Tengo claro que algo voy a exprimir de esta experiencia.

¡Bieeen! Ya verás cómo te ayuda.

Pero es que me siento idiota. Me da una rabia tremenda recordar cómo me he achantado con Margot.

No es justo cómo te ha tratado y no tienes por qué aguantarle a nadie ningún desprecio.

Ya sabes, ese es el gran problema de mi vida, que me da miedo generar tensiones.

Por evitar el conflicto, acabo justificándome, pidiendo perdón como si fuera una criminal y asumiendo culpas que no me corresponden. Y se acabó.

Totalmente. Te lo he dicho siempre, eres demasiado blanda con la gente que te ataca.

Pues ya basta. Si esa tía vuelve a soltarme barbaridades falsas a la cara, no pienso hacerme pequeña ni pedir clemencia como una idiota. Le voy a decir que no voy a permitir que me trate así, que es injusto y que no me interesa estar cerca de alguien que tiene una opinión tan retorcida de mí.

¡Así se habla! 🤔🤔 Que no te amargue una tía

loca.

De momento, mi plan con Margot está claro: distancia absoluta, ni sentarme a su lado en el comedor ni nada que se le parezca. Es que parezco tonta, de verdad. Siempre me pasa lo mismo: cuanto más me rechaza alguien y peor me trata, más me desvivo por complacerle.

Chica, es que a veces de buena eres tonta.

A ver, no te pases. Pero es verdad que siempre me arrastro para demostrar que soy buena persona, mendigando que dejen de estar enfadados conmigo. Es patético. Se acabó. A partir de ahora hablaré lo justo y necesario, por educación y cordialidad.

Me parece genial. Tienes que aprender a poner límites.

Y si no encuentro la oportunidad de cantarle las cuarenta y ponerle las cosas claras, se lo haré saber con monosílabos, miradas frías y cortando de cuajo cualquier intento de conversación. Igual que ha hecho ella conmigo, pero al menos yo tengo motivos de verdad para hacerlo.

Y ni media gota de culpa por ello.

*Si tiene algún problema, que haga sus
maletas, se largue de la isla y me deje
tranquila de una vez.*

*Al final, lo de Margot ya te ha servido como
lección. Pero no por lo que ella te ha dicho, sino por lo
que tienes que cambiar de ti misma a la hora de
plantarle cara a gente como ella. Me alegro un montón
de leerte así de decidida, de verdad. Te va a venir
superbién este chute de carácter. Venga, desconecta
un poco y me vas contando. Te quiero.*

*Yo también. Voy a guardar esto. Igual me
lo requisan porque la francesa me ha
pillado antes hablando contigo y fijo que se
ha chivado como una niña pequeña...*

*Madre mía, menos mal que te has dado cuenta
pronto de cómo es. Ahora, lejos de esa arpía.*

Bloqueo la pantalla a toda prisa, salgo del baño y meto el teléfono en su escondite.
¡Qué liberación! Hablar con mi hermana siempre me ayuda a poner las cosas en su sitio.

Con la mente mucho más tranquila, decido irme a la cama sin cenar. Paso de volver al comedor como si nada sabiendo que todas las compañeras han vivido la experiencia completa de las hierbas mágicas y estarán hablando de lo revelador que ha sido todo. Mañana será otro día y, esta vez de verdad, trataré de aprovechar todas las actividades al máximo. Cierro los ojos. Hoy puedo dormir tranquila.

Tres golpes secos retumban contra la madera de mi puerta y me sacan de golpe de mi sueño. Doy un respingo en la cama, desorientada, y miro el reloj con los ojos entrecerrados: las siete y media. ¿Quién llama a mi puerta tan pronto? Si el desayuno no

empieza hasta las ocho treinta. El corazón me empieza a latir a mil revoluciones. Lo primero que me viene a la mente es la melena rubia de Margot espiando por mi ventanal. Espero que no sea ella con otra de sus paranoias. Siento un sudor frío en las manos.

O quizás ha llegado la hora de mi castigo y vienen a confiscarme el móvil prohibido. Al menos ayer pude escribirme con Lucía y quedarme tranquila, pero ahora mismo la idea de enfrentarme a Saúl o a Aurora a estas horas me revuelve el estómago. Asumiré mi culpa y ya está.

Los golpes vuelven a sonar, ahora con más insistencia.

Capítulo 9

Abro la puerta y, para mi sorpresa, me encuentro a Aurora.

—Buenos días, Eva. Perdona que aparezca tan pronto, pero he estado hablando con Saúl antes de que todo el mundo se ponga en marcha y queríamos contarte algo.

—Dime.

Ahora es cuando me dice lo del móvil y me cae el rapapolvo...

—Ayer nos supo supermal que te quedaras sin asistir a la experiencia de la tarde y que no bajaras a cenar —dice con un tono cargado de empatía—. Hemos estado reflexionando y creemos que fue un error nuestro. Teníamos que haberte explicado mucho mejor y de antemano cómo era la dinámica del retiro para que no te llevaras sorpresas con lo de la infusión herbal.

Asiento sorprendida por su tono conciliador.

—Sabemos que eres una mujer muy racional y un poco escéptica con todo esto, y que te cuesta un poco más que al resto abrirte. Es completamente normal, cada persona tiene su ritmo, pero no queremos que te pierdas nada y nos gustaría que aprovecharas la experiencia completa del retiro. Por eso Saúl me ha pedido que te ofrezca una sesión individual con él ahora mismo. A solas, para que puedas ir a tu ritmo, sin presiones de grupo. ¿Qué te parece?

Trago saliva. Una parte de mí se resiste, pero la oferta es tan considerada que rechazarla me haría sentir como una desagradecida.

—Vale. Sí, claro. Me preparo en cinco minutos.

—Perfecto. Te espera fuera de la entrada principal del palacete para dar un paseo antes de empezar —sonríe Aurora, dándome una palmadita cariñosa en el brazo antes de marcharse.

Me ducho en dos minutos, me pongo mi sudadera gris de presidiaria, me recojo el pelo de mala manera y salgo cerrando la puerta con cuidado.

Al llegar a nuestro punto de encuentro, allí está Saúl. Impecable, con el pelo recogido en un moño alto y su habitual túnica de lino blanco inmaculado hasta el suelo.

—Buenos días. Demos un paseo lejos de los bungalós para no molestar a las compañeras que estén descansando.

Asiento en silencio. Caminamos por el sendero de piedra que bordea toda la finca. Saúl avanza con paso lento y yo voy a su lado, con las manos metidas en los bolsillos. Aunque agradezco la sesión individual, sigo esperando el castigo por el móvil secreto como una tramposa disidente.

Saúl se detiene junto a un mirador de madera, contemplando el mar revuelto.

—Antes de comenzar, quería hablarte de algo —empieza—. Ayer por la tarde Margot vino a hablar con Aurora y conmigo. Estaba muy alterada y me confesó que te había visto escondiendo un teléfono móvil en tu cuarto.

Se me hiel la sangre. Trago saliva, dispuesta a soltarle la parrafada defensiva que he estado ensayando mentalmente desde anoche, pero él levanta una mano con un gesto suave y me dedica una sonrisa antes de que pueda decir algo.

—Tranquila. No apruebo en absoluto su comportamiento. Eso de estar vigilando y mirando lo que hacen las demás compañeras demuestra su baja vibración. En este camino hacia la abundancia, ese tipo de conductas nacen de la desconfianza, el control y la escasez extrema. Lamento mucho que hayas tenido que experimentar esa falta de compañerismo por su parte. Sé que ha hecho que te sientas incómoda.

El escudo invisible que traía levantado desde que he abierto la puerta se me desmorona por completo. No me está riñendo; al contrario, se está poniendo de mi parte.

Saúl me mira fijamente y juro que parece capaz de leer mi desconcierto.

—No te voy a obligar a que me entregues el teléfono si te sientes más segura con él —dice con suavidad—. Si necesitas ese cordón umbilical con tu antigua realidad para no sentirte desprotegida, mantenlo oculto, no pasa nada. Pero hazte una pregunta: ¿has venido aquí a protegerte o a sanar? Si decides entregárselo a Aurora, te aseguro que por

fin disfrutarás de la desconexión total que tanto necesita tu mente analítica. La decisión es tuya, confío en tu criterio.

—Gracias por entenderlo —le digo, suspirando de alivio—. Si te soy sincera, pensaba que le darías la razón a Margot y me caería algún tipo de castigo. Estaba un poco acojonada porque me olía que os lo había contado. De hecho, si me hubieras exigido el móvil, me habría largado del retiro. Pero agradezco que me trates con tanta madurez y empatía. No sé qué le pasa a Margot conmigo, la verdad. Por algún motivo no le sentó bien que hablara contigo en mi bungalow y me retiró la palabra.

Lo digo de verdad. Siento un alivio tan inmenso que me dan ganas de abrazarle. Durante meses, en pleno proceso de divorcio, me acostumbré a que cualquier mínimo conflicto terminara en reproches, mentiras y desprecio por parte del cabrón de Marc. Que un hombre con este aura me mire sin juzgarme, dándome la razón frente a Margot, hace que me sienta comprendida. Saúl no es el gurú que yo imaginaba, sino un hombre justo y sensato.

—Por eso le dije a Aurora que era indispensable darte este espacio —continúa él, retomando el paso lentamente—. Ayer te eché de menos. Entiendo perfectamente tu frustración, y sé que te agobió todo lo de Margot y la dinámica de la infusión herbal. Lo respeto profundamente. No todo el mundo está preparado para abrir ciertas puertas de golpe. Pero, como decidiste no asistir a la práctica, quiero compensarte personalmente con esta sesión individual.

Le miro, parpadeando, sorprendida.

Una parte de mi cerebro, la de la hermana mayor responsable que habla con Lucía por teléfono, me grita que esto es una manipulación de manual para atraparme en su red. Se me pasa por la cabeza que tal vez use la excusa de compensarme para colarme sus ideas por la puerta de atrás.

Pero mi otra mitad, la que se siente sola y rechazada por Margot, por Marc y por el resto del universo, se derrite por completo ante este trato como VIP. Además, ¿atraparme en qué red? Tampoco hay que volverse paranoica. No veo que ni Saúl ni Aurora busquen

nada raro a cambio. Solo querrán que aproveche el retiro para que luego hable bien de sus eventos y recomiende sus cursos. Es puro *marketing*, una simple cuestión de negocios.

Trago saliva y asiento, intentando disimular lo mucho que me tienta la idea.

—Perfecto. Tenía fe en que aceptaras. Podemos hacerla ahora mismo, antes del desayuno —continúa—. Tengo un rincón preparado aquí, al fondo de los jardines. De esa forma no tendrás las miradas del resto del grupo y evitamos que las demás sientan celos por regalarte este espacio exclusivo para ti. ¿Te apetece?

Me rindo, claro que me apetece. Es una buena oportunidad para aprender a dejarme llevar. Quiero que haga su magia conmigo como la ha hecho con todas sus seguidoras de Instagram. Quiero que me cambie la vida.

Capítulo 10

El rincón que ha elegido Saúl para nuestra sesión privada parece diseñado a propósito para que estemos aislados del mundo. Es un claro rodeado de setos de boj, justo al borde del acantilado. Lo tiene todo preparado. Hay dos esterillas blancas extendidas sobre la hierba húmeda, unas tazas, un termo y un cuenco metálico en el que enciende una madera de incienso del que empieza a escapar un hilo de humo con olor a sándalo.

—Siéntate. Ponte cómoda —dice Saúl, cruzando las piernas sobre su esterilla con una flexibilidad envidiable.

Yo me siento frente a él, incómoda y tensa por la incertidumbre del momento, intentando ignorar el frío de la humedad que empieza rápido a calar a través de mi chándal gris.

—Antes de empezar, quiero que nos miremos a los ojos. Sé que no es fácil para ti, pero olvídate por un momento de toda expectativa y entrégate al momento. Dime, ¿cuál es tu verdadero objetivo en este retiro? ¿Por qué estás aquí, Eva?

Siento un nudo repentino en la garganta. Podría soltarle la típica respuesta de manual sobre «encontrarme a mí misma», pero su presencia, tan cerca, me empuja a una honestidad brutal para variar.

—Estoy aquí porque soy un despojo —suelto—. Hace seis meses que me divorcié y siento que sigo igual de amargada, resentida y perdida que el primer día. Mi marido me dejó por otra más joven, una chica de veinticuatro años de su oficina a la que dejó embarazada.

Saúl no parpadea. Me sostiene la mirada con compasión pero sin lástima. Voy a repetir por enésima vez la historia que llevo mascando con rabia los últimos seis meses.

—Durante varios años... —continúo, y noto cómo me tiembla la voz, aunque me obligo a tragar saliva para no llorar—, intentamos tener un hijo. Nos gastamos un tremendo

dineral en clínicas privadas para encontrar el problema... Una tortura física y mental. Y no pudo ser. Él siempre me abrazaba y me decía que no pasaba nada, que nuestra relación estaba por encima de todo eso; que me quería a mí, aunque deseara tener descendencia. Pero al final mi mayor miedo se hizo realidad. Me puso los cuernos y me dejó en cuanto vio que iba a cumplir su sueño de ser padre.

Siento que la cara me arde de rabia.

—Ese dolor me está consumiendo. Me paso el día de mala leche, espiando su Instagram en bucle, obsesionada con su nueva vida perfecta. Ha afectado a mi trabajo en el bufete, ya no me concentro y cometo errores absurdos. El nivel de estrés que llevo encima es insufrible. A veces pienso que fue precisamente el estrés de mi carrera lo que impidió que me quedara embarazada en su momento. Me siento completamente sola, fracasada y sin la menor idea de cómo superar esto y volver a ser feliz.

Saúl asiente, estira el brazo y me roza suavemente la rodilla con los dedos. Ese simple contacto me da una calidez que agradezco en mitad de este jardín helado.

—Tu mente analítica ha construido una prisión perfecta para ti —dice—. Has asociado tu valor como mujer a tu capacidad de concebir y a la mirada de un hombre que te hizo daño y no supo valorarte. El universo no te está castigando, te está liberando de una vibración de dependencia. Tu exmarido era solo un maestro que venía a mostrarte tu herida de abandono. Pero, mientras sigas alimentando el monstruo de la rabia, seguirás atrayendo escasez y enfermedad a tu cuerpo. Tu útero no falló por el estrés, sino porque tu alma sabía que ese no era el entorno seguro para florecer. Ese hombre no te merecía y quedó demostrado cuando traicionó tu confianza. Él no era la persona adecuada para formar esa familia contigo y por eso tu cuerpo te dio la señal en forma de infertilidad. Tienes que perdonar, no por él, sino por ti. Tienes que declarar tu abundancia hoy mismo. Tu pasado no determina tu futuro, a menos que decidas seguir viviendo en él.

Suena tan seguro, tan lógico dentro de su misticismo, que me dan ganas de creerle, de creer que todo este sufrimiento tiene un propósito oculto, y que si no he sido madre es porque, sencillamente, no debía serlo con Marc. Jamás me lo había planteado así, pero es

que tiene toda la razón. Si me hubiese quedado embarazada ahora estaría atada de por vida a un mentiroso que quizás me hubiera puesto los cuernos igualmente. Si no llega a ser por ese vacío y por la frustración de no poder tener hijos, nunca habría visto lo profundamente cabrón que era Marc en realidad, ni lo muchísimo que lo tenía idealizado. De alguna forma retorcida, mi cuerpo me protegió de él antes de que lo hiciera mi mente.

Saúl se gira hacia el termo que tiene a su lado y vierte un líquido oscuro y humeante en las tazas de barro.

—Ayer te negaste a tomar la infusión de la experiencia herbal —dice, ofreciéndome la taza—. Lo entiendo. Tenías miedo de perder el control de tu mente analítica. Si realmente quieres sanar, si quieres romper el patrón y dejar atrás a Marc de una vez por todas, este es el momento. Aquí, conmigo, en un espacio seguro.

Saca un papel doblado del bolsillo de su túnica y lo extiende sobre la esterilla junto a un bolígrafo.

—Solo necesito que firmes este consentimiento de responsabilidad y que confíes en mí.

Miro la taza, miro el papel. Mi mente lógica me grita que estoy loca, que soy abogada y que jamás debería firmar un documento de exención de responsabilidad para tomar una sustancia desconocida. Pero estoy tan cansada de sufrir, tan harta del ladrillo en el pecho, que la idea de una desconexión total me parece el único salvavidas disponible en este momento.

Cojo el bolígrafo. Con el pulso ligeramente tembloroso, firmo sobre la línea.

Sostengo la taza de barro entre las manos, noto su calor y, antes de que el arrepentimiento me gane la partida, me la bebo de tres tragos largos. Es horrorosamente amarga. Él hace lo mismo.

—Cierra los ojos... —me susurra Saúl, acercándose un poco más—. Déjate llevar... Confía en el Universo...

Al principio no pasa nada, solo el rumor lejano del mar rompiendo contra los acantilados, pero, al cabo de unos minutos, el suelo que hay debajo de mi esterilla empieza

a ondularse como si fuera de agua. Una oleada de calor de una intensidad brutal me sube desde el estómago directamente a la cabeza. El sonido del oleaje se multiplica por mil, transformándose en una vibración ensordecedora que me retumba dentro del cráneo. Pero es agradable, me siento en paz.

Intento abrir los ojos, pero los párpados me pesan toneladas. Estoy flotando. Ya no siento el frío de la hierba en contacto con mi chándal, ni la rabia por los cuernos de Marc. Todo es de un color blanco brillante, una paz tan absoluta que me hace querer llorar de felicidad. Me siento ligera, como si mi cuerpo se hubiera disuelto en las nubes grises de la isla.

La voz de Saúl me llega como un eco lejano, guiándome a través de un laberinto de luces que se mueven detrás de mis ojos cerrados. Siento su presencia física extremadamente cerca, su respiración cálida rozándome la mejilla.

—Suelta el pasado, Eva... Déjalo ir... —susurra muy cerca de mi oído.

Estoy en un estado de desconexión absoluto, una desconexión extrasensorial donde las líneas entre la realidad y la alucinación se vuelven completamente borrosas.

De repente, en mitad de ese letargo inducido, siento una presión húmeda y firme sobre mis labios.

Es un beso.

No es un roce sutil ni un gesto espiritual, es la presión inconfundible de unos labios sobre los míos, acompañada de un olor penetrante a sándalo y cedro.

La alarma de mi cerebro se enciende de golpe, abriéndose paso a puñetazos a través de la neblina del preparado de hierbas. Abro los ojos de par en par, parpadeando ante la luz grisácea del día que me hiere las pupilas.

Saúl está sentado justo frente a mí, a pocos centímetros, mirándome con una sonrisa serena y con su mano apoyada en mi muslo. Me arrastro hacia atrás sobre la esterilla, con el corazón golpeándome las costillas a una velocidad terrorífica y la cabeza dándome vueltas.

—¿Qué... Qué haces? —consigo balbucear—. Me has besado.

Saúl ladea la cabeza, manteniendo la calma. No hay rastro de nerviosismo en su rostro.

—Estás bajo los efectos de una hierba muy potente —dice—. Estás experimentando una proyección de tus propios deseos de afecto y sanación. Tu mente está materializando la energía del amor que tanto necesitas recibir. Déjate llevar.

—No, no ha sido ninguna proyección —le interrumpo, sintiendo que la adrenalina está contrarrestando el efecto de la infusión—. Me has besado y me estabas tocando la pierna. Lo he sentido perfectamente. Esto no es profesional. Y sé que tienes algo con Aurora. No me siento cómoda con esto.

La cabeza me da vueltas, parece que estoy dentro de un sueño, pero sé que esto es real, estoy segura.

Él suelta una risita baja, casi paternal, y me mira fijamente con sus ojos verdes.

—La infusión a veces distorsiona los sentidos corporales, Eva. El tacto de la brisa, el calor del sol en tu rostro y en tu piel... Tu mente lo ha interpretado como un contacto físico para intentar protegerse de la verdadera revelación espiritual. Es un mecanismo de defensa muy común, no te preocupes. Nadie te ha besado aquí, solo en tu subconsciente. Es tu alma abriéndose al amor del Universo. Respira. Estás a salvo.

Me quedo muda, mirándole con desconcierto. Habla con tanta seguridad, con una convicción tan absoluta, que durante un segundo dudo de mi propio cuerpo. ¿De verdad ha sido una alucinación? ¿Es posible que la infusión me haya hecho recrear físicamente un beso tan real?

No, sé perfectamente lo que he sentido. Está jugando conmigo porque quizás otra le seguiría el juego deseando su contacto. Pero esto es *gaslighting* de manual de manipulación. No creo que mi cerebro me esté jugando una mala pasada.

—La sesión ha terminado por hoy —dice Saúl, levantándose con elegancia y ofreciéndome una mano que yo, esta vez, rechazo de pleno—. Ve al comedor a desayunar con el grupo, te vendrá bien comer algo sólido para asentar la energía. Deja reposar todo lo

que has sentido, todo tiene un porqué. Estaré esperando si quieres hablar de nuevo sobre lo que has experimentado.

Me levanto como puedo, con la cabeza todavía flotando en una burbuja. Todo a mi alrededor tiene un brillo extraño, distorsionado. Estoy muy mareada.

Camino hacia el bungaló arrastrando los pies, completamente rayada. Necesito darme una ducha. ¿Y si de verdad la droga ha hecho que imagine cosas por lo desesperada que estoy por sentirme querida? Pensar en los cambios que Saúl dice que debo hacer en mi vida se mezcla ahora con la terrible duda de si ese gurú me ha besado sin mi consentimiento o si mi mente ya no distingue la realidad de la fantasía.

Esto no está bien. Tengo que hablar con Lucía, no debería quedarme aquí. Me arrepiento de haber accedido a esa infusión, debí ser fiel a mis principios y no dejarme llevar por la labia de Saúl.

Capítulo 11

No encuentro mi móvil, no está por ninguna parte. He mirado debajo del colchón lo primero y nada, he buscado en el baño por si me despisté anoche y me lo dejé ahí, he revuelto las sábanas, he vaciado la maleta. Nada.

Aurora y Saúl no me lo han podido confiscar, él mismo me ha dicho esta mañana, mirándome a los ojos, que confiaba en mí y que era decisión mía si me lo quedaba o no. Así que solo queda una opción: Margot.

Esa tía está enferma. Está obsesionada conmigo y se va a enterar de lo que es cruzar una línea. Ya basta de jueguecitos de parvulario.

Cruzo el sendero de gravilla todavía mareada y hecha una furia, llego a su cabaña y golpeo la puerta con saña.

—¡Margot! ¡Abre la puta puerta!

Se acabaron las tonterías, no me voy a contener después de esto. Cuando la puerta se abre, Margot me mira de arriba abajo con aires de superioridad.

—¿Qué has hecho con mi móvil? —le grito.

—¿De qué me hablas? —pregunta con ese acento suyo tan irritante.

—No te hagas la tonta, sé que lo tienes tú. Has aprovechado que he salido temprano para meterte en mi bungalow y robármelo. ¡Devuélvemelo ya!

Margot da un paso atrás para apoyarse en la mesa.

—¿Pero tú te escuchas? ¿Por qué iba a querer yo tu teléfono? Te recuerdo que aquí están prohibidos. Estás incumpliendo las normas.

—A mí no me des lecciones. Saúl me ha dado permiso explícito para quedármelo si quiero. Y sé perfectamente que ayer fuiste a chivarte después de espiarme por la ventana mientras hablaba con mi hermana.

Margot frunce el ceño y deja ver una chispa de sorpresa.

—¿Permiso? ¿A ti? No me hagas reír, guapa. Ayer, cuando le dije a Saúl que tenías un teléfono oculto, me dio las gracias. Me dijo que había hecho lo correcto por el bien del grupo y que se encargaría de requisártelo de inmediato. Dice que soy la única mujer fuerte y honesta de este retiro, que por eso conmigo va sin rodeos, porque tengo la madurez necesaria para encajar la verdad. Así que, si te falta el móvil, ve a preguntarle a él. Ahora pírate, no te soporto.

Me quedo de piedra. Nos ha tomado el pelo a las dos. Nos ha usado de marionetas para tenernos controladas, dándonos una palmadita en la espalda a cada una a espaldas de la otra.

Miro a Margot. Me cae fatal. Es una tía paranoica y malmetedora que ha ido corriendo a chivarse de mi móvil. Me apetece mandarla a la mierda y no volver a dirigirle la palabra en la vida.

Pero me trago el orgullo. Me cuesta un esfuerzo sobrehumano, pero lo hago. Si quiero salir entera de este retiro, no me queda otra que hablar con ella y aclarar las cosas, aunque no me apetezca ni mirarla a la cara.

—Margot, espera —le digo, dando un paso hacia ella—. Tenemos que hablar de Saúl.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Escúchame, por favor. Esta mañana he estado con él. Me ha dicho que tu comportamiento demostraba una vibración baja y que lamentaba mucho que yo tuviera que experimentar esa falta de compañerismo por tu parte.

Margot me mira fijamente. La rabia de su rostro empieza a evaporarse, dejando paso a una expresión de decepción. Se pasa una mano por la frente, apartándose un mechón de pelo rubio.

—No mientas. ¿Qué pretendes diciendo esas mentiras? ¿Por qué quieres ponerme en su contra?

—¡Que no te miento! Nos ha dicho a cada una exactamente lo que queríamos escuchar para enfrentarnos. A ti te ha hecho sentir la guardiana responsable del grupo y a mí la víctima incomprendida a la que él tenía que salvar de tu acoso.

Margot se apoya contra la pared, mirando al vacío. Parece que empieza a entrar en razón.

—Joder, es un clásico de los manipuladores —dice—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Divide y vencerás. Mientras nos estemos matando entre nosotras por ver quién es su preferida, ninguna de las dos miramos lo que de verdad está haciendo él.

—No entiendo su juego. ¿Qué pretende con todo esto?

—Piénsalo. El resto de las mujeres del grupo son corderitos. Le adoran, le compran los libros, le rezan como si fuera Dios, le aman. Nosotras dos somos las únicas un poco escépticas. Un gurú no puede permitirse tener ovejas negras en su rebaño porque acaban contagiando al resto. Nos ha camelado para hacernos sentir especiales y conseguir que le veneremos como las demás.

Trago saliva. Sus palabras encajan tan bien que me da miedo admitirlo.

—¿Y por eso monta todo este teatro, para que no le jodamos el negocio?

—No lo creo. Esto lo ha hecho por su ego. Está claro que necesita que todas le amemos. Ayer por la tarde, en mi sesión con la infusión herbal, cuando me quedé a solas con él... Dios, me da hasta vergüenza decirlo.

El corazón me da un vuelco salvaje en el pecho.

—¿Qué pasó?

—Me besó. Sintiéndome medio drogada, se me acercó cuando estábamos fuera hablando lejos del grupo y me besó en los labios. No me lo esperaba, pero no le dije nada. Lo tomé como un halago. ¿Y sabes qué me dijo?

Me quedo petrificada. Este tío es asqueroso.

—¿Qué te dijo? —consigo susurrar.

—Pues que se había fijado en mí desde el primer momento por mi carácter fuerte, que era muy diferente a las demás. Que llamaba la atención mi semblante dentro de

cualquier sala por mi aura y energía femenina. Me susurró al oído que le encantaría que nos viéramos a solas en algún momento durante el retiro, para continuar donde lo habíamos dejado. No te puedes imaginar cómo me sentí. Me sentí la elegida. Pensé: «De todas estas mujeres que le siguen y le idolatran, se ha fijado en mí». Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por él. —Ahora aparta la mirada, apretando los dientes con una mezcla de rabia y vergüenza.

Yo la escucho y siento que se me revuelve el estómago.

—Pues lamento romperte la ilusión, pero Saúl es un mentiroso de mierda. Ayer por la tarde, después de mi caminata por los acantilados, le vi en el jardín trasero con Aurora. Se estaban besando como una pareja de toda la vida.

Margot levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué? No puede ser...

—Sí que puede ser. Y hay algo peor: vengo de una sesión individual con él en los jardines y ha hecho exactamente lo mismo conmigo, me ha besado. Pero yo no me lo he tomado como un halago y le he parado los pies inmediatamente. Le he dicho que no me sentía cómoda y que sabía lo de Aurora. ¿Y sabes qué me ha dicho? Que la infusión esta de hierbas que me ha dado me había distorsionado los sentidos, que todo era una alucinación. Ha hablado con tanta seguridad que me ha hecho dudar de mi propia cordura porque no le he seguido el juego.

Margot se queda muda, asimilando mis palabras.

—Ese desgraciado de *merde*... —murmura—. No sé cómo no lo he visto venir. Nos ha querido aislar para manejarnos a su antojo. Nos ha tomado por estúpidas.

¡Coño! He cruzado el jardín dispuesta a gritarle a Margot a la cara. He venido aquí buscando pelea. Por una vez en mi puta vida, no he huido de la confrontación. No me he escondido en mi bungaló a llorar, no he agachado la cabeza para complacer a nadie ni he evitado el conflicto como hacía siempre con Marc para no desestabilizar las cosas.

Y menos mal que he tenido los ovarios de plantarle cara a Margot. Si hubiera hecho lo de siempre, si me hubiera quedado rumiando y evitando el lío, ahora mismo estaría

dudando de mi cordura, convencida de que mi cerebro me había jugado una mala pasada por culpa de la droga. Pero no, le he plantado cara y, gracias a eso, el castillo de naipes del gurú se acaba de desmoronar.

—Hay algo que sigue sin cuadrarme en todo esto —le digo a Margot.

—¿Qué?

—Si tú no has entrado en mi cabaña a robar mi móvil, ¿quién coño se lo ha llevado?

Capítulo 12

No puedo más, esto es una casa de locos. Voy a hablar con Aurora ahora mismo para que se entere de lo que hace su querido novio el gurú. Debería denunciarle, esto es abuso y no sé si lo hace con todas las mujeres que le atraen o cuál es su *modus operandi*. Pero, claro, sin pruebas y con el poder de manipulación que tiene este, tengo las de perder. Pero no puedo permitir que lo siga haciendo con más participantes de sus retiros.

Es que ya me da igual el móvil y me da igual todo. Salgo del bungalow de Margot a paso rápido, con la rabia ardiéndome en el pecho y el estómago revuelto por los últimos restos de la infusión de las narices. Cruzo el jardín y voy directa al palacete.

Cuando entro en el comedor, el olor a café recién hecho me resulta nauseabundo. Casi todas las compañeras están ya sentadas, sirviéndose fruta y charlando en voz baja, ajenas por completo al pozo de mierda en el que estamos metidas. Al fondo, junto a la mesa del bufé, Aurora coloca una jarra de zumo con una sonrisa.

Me acerco a ella sin miramientos. No me importa que las demás se den cuenta de mi tensión.

—Aurora, ¿podemos hablar un momento fuera? —le digo, con un tono lo suficiente firme como para que no me pueda decir que no.

Ella parpadea, sorprendida por mi brusquedad, pero asiente enseguida con su amabilidad de siempre.

—Claro. ¿Pasa algo?

—Mejor fuera, por favor.

Salimos al jardín y nos detenemos cerca de los grandes ventanales. En cuanto nos quedamos a solas, decido no andar con rodeos.

—Sé que estás con Saúl, os vi besaros ayer en el jardín. Y vengo a decirte que tu novio es un abusador de mierda. He tenido una sesión individual con él y, bajo los efectos de la infusión que él mismo me ha dado, me ha besado y ha intentado hacerme creer que

estaba loca, que era una alucinación por la droga. Y sé que no soy la única, pero no quiero hablar por nadie.

Aurora pierde la sonrisa de golpe, pero en sus ojos no hay sorpresa.

De repente, un sonido amortiguado interrumpe el tenso silencio entre las dos. Un zumbido constante surge del bolsillo de la chaqueta de Aurora, que da un respingo y se lleva la mano al bolsillo a toda prisa para colgar la llamada, pero ya es tarde. He visto la pantalla y la llamada era de mi hermana.

—¿Por qué no lo coges? —le espeto—. ¿Eres tú la que lo ha cogido del bungalow esta mañana?

—Eva, no... Espera, déjame que te explique...

—Dámelo ahora mismo.

Intenta dar un paso atrás, pero no la dejo. Le agarro la muñeca antes de que pueda reaccionar. Aurora intenta zafarse, asustada, pero la rabia me da el triple de fuerza. Le arrebató el teléfono de un tirón.

—¡¿Por qué cojones tienes tú mi móvil?! —le grito, con el corazón desbocado.

—¡Baja la voz, por favor! —susurra ella, mirando con pánico hacia las ventanas del comedor—. Te lo iba a devolver, de verdad. Lo saqué de tu habitación esta mañana. El mío lo tiene confiscado Saúl en su despacho, como el de todas. Necesitaba un teléfono operativo.

—¿Para qué? ¿Querías cotillear?

—Para grabaros —suelta Aurora de golpe, con la voz rota—. Sospechaba que Saúl iba a intentar algo contigo hoy estando a solas. Él siempre me dice que son celos míos, que estoy loca, pero yo sabía que no era paranoia.

—¿Nos has grabado en secreto?

—Lo siento... Tenía que hacerlo. Quería... Necesitaba tener una prueba para obligarle a decirme la verdad.

Me quedo muda, asimilando la locura que acabo de escuchar. Con los dedos temblándome de rabia, desbloqueo la pantalla. Voy directa a la galería de fotos. Ahí está el

último archivo, un vídeo de casi veinte minutos. Le doy a reproducir y avanzo la barra de tiempo. Nos veo a Saúl y a mí en el rincón del jardín. Veo el momento exacto en el que me besa mientras yo estoy aturdida y desorientada.

Se me revuelve el estómago, pero una fría sensación de victoria me recorre el cuerpo.

—Pues gracias por el favor, Aurora —le digo, bloqueando el teléfono y apretándolo contra mi pecho—. Acabas de regalarme la prueba que necesitaba. Pienso ir directa a la comisaría a ponerle una denuncia por abuso.

Al oír la palabra *denuncia*, a Aurora se le abren los ojos de par en par. Me agarra del brazo con una desesperación salvaje.

—¡No, no, por favor! ¡No puedes hacer eso! Si vas a la policía con ese vídeo nos vas a arruinar a los dos.

La miro, completamente estupefacta, y me suelto de su agarre de un empujón.

—¿Cómo que no? Te acabo de decir que se ha propasado conmigo. Te pone los cuernos con las tías del retiro utilizando drogas para que duden de su cordura, lo tienes grabado en mi puto móvil, ¿y me pides que no le denuncie?

—¡Él no es así! —me suplica Aurora, con los ojos llenos de lágrimas—. Saúl también ha tomado la infusión esta mañana, tú misma le viste beber. Esa hierba es muy fuerte, altera la mente. Seguro que te ha besado porque estaba confundido por los efectos, no era dueño de sus actos.

Qué nivel de lavado de cerebro tiene encima esta chica...

—Aurora, abre los ojos —le digo, con un desprecio que no puedo ocultar—. No estaba confundido. Sabe perfectamente lo que hace y utiliza la infusión como coartada para que ninguna pueda acusarle si no le siguen la corriente.

—¡No, no es verdad! —solloza—. Saúl me quiere. Llevamos años levantando este proyecto juntos. Si le denuncias, vas a destrozar su vida, la mía y todo lo que hemos construido. Por favor, Eva... Ha sido un error, perdónale. Borra el vídeo. Quédate con tu móvil, no te diré nada, te devolveré el dinero del retiro ahora mismo en mano, pero no me

arruines la vida. Es lo único que tengo. Solo ha sido un beso. Yo no le voy a decir que os he grabado y olvidamos esto. Tengamos la fiesta en paz.

Me guardo el móvil en el bolsillo de mi sudadera, mirándola en silencio. Siento una mezcla de rabia y una profunda lástima. ¡Qué peligroso es justificar a un monstruo con tal de no admitir que tu vida entera se basa en una mentira! No tiene sentido discutir con ella, está completamente anulada por él, y si sigo aquí parada intentando convencerla, acabará llamando a Saúl para que me quite el teléfono por la fuerza.

Tengo que salir de aquí ya.

—De acuerdo —le digo, fingiendo que me ablando para que se calme y me deje margen de maniobra—. No haré nada por ahora. Déjame asimilarlo.

Aurora suspira, aliviada, secándose las lágrimas a toda prisa mientras intenta recomponer su máscara de felicidad zen antes de que alguna compañera salga del comedor.

—Gracias. De verdad. Sabía que lo entenderías...

Me doy la vuelta sin responderle y salgo de la finca del palacete, necesito desesperadamente sacarme la rabia de encima. Aurora cree que me ha convencido, pero se equivoca.

Aunque, siendo sincera conmigo misma, mientras me alejo del recinto ya no tengo tan claro qué hacer. Se me desata un dilema interno. Por un lado, tengo la prueba grabada y sé que él se merece que le caiga todo el peso de la ley para que no engañe a más mujeres, pero mi mente analítica, la de la abogada que ha visto demasiados juicios destructivos, empieza a sabotearme.

«Solo ha sido un beso», me intento convencer en un arranque de cobardía. Al fin y al cabo, no ha llegado a mayores. ¿De verdad me compensa meterme en temas legales por un beso robado? Si tiro hacia adelante, me voy a tener que exponer a un linchamiento público. Saúl es muy famoso y popular, tiene miles de fans radicales en redes y le sobra la pasta para pagar a los mejores abogados del país. Sé de sobra cómo han terminado casos similares años atrás con otras personalidades públicas. Lo he visto en los tribunales y en la

televisión: da igual las pruebas que tengas, la víctima siempre acaba pintada como una despechada, una cazafortunas o una loca. Van a rebuscar en mi divorcio, en mis bajas médicas del bufete, en mi vida entera para destrozar mi credibilidad.

Necesito hablar con mi hermana, salir de esta isla, respirar aire limpio lejos de esta secta y sopesar las opciones con la cabeza fría.

Capítulo 13

He caminado hasta el pueblo para comprar mi billete de vuelta en ferri y para despejar un poco la mente. No aguantaba un minuto más allí arriba.

Es el primer día que sale el sol desde que llegué a la isla. Es abril, pero los domingueros caminan en manga corta por las calles empedradas, arrastrando carritos de bebé, empujando bicicletas y haciendo colas eternas en las heladerías. ¡Qué infierno! Quería paz y me encuentro todo este bullicio desde primera hora de la mañana.

Me alejo de la calle principal y busco un rincón más tranquilo subiendo hacia la campa del faro. Me apoyo en la piedra templada por el sol, saco el móvil y marco el número de mi hermana.

—¡Eva! Por fin —exclama Lucía—. Me tenías preocupada. ¿Qué tal va todo con la francesa?

—Pues prepárate, porque mañana a primera hora cojo el primer ferri de vuelta a la ciudad. Además, me van a devolver la pasta del retiro.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo esa loca?

Le cuento todo de corrido, casi sin respirar: el beso de Saúl, su burdo intento de *gaslighting* para hacerme dudar de mi propia cordura, la conversación con Margot y cómo Aurora me había grabado el beso con mi propio teléfono.

—Dios mío... Se me está poniendo la carne de gallina. ¡Qué puto enfermo! ¿Estás bien? ¿Te hizo algo más? Me siento superculpable por haber insistido en que fueras al retiro.

—No, le paré los pies a tiempo. Pero Margot me ha confesado que a ella le besó también ayer. Está claro que utiliza las drogas del retiro para propasarse con las que le

interesan y que le adoren como el resto. Es un ególatra. Y tú no tienes nada que ver. Es que siempre nos culpamos a nosotras por lo que hacen los demás.

—Vete de ahí ya, coge el próximo ferri y no esperes a mañana, por favor —me suplica mi hermana.

—No puedo. He venido a por el billete y, aunque ahora hace sol, han cancelado los ferris de vuelta hasta mañana por el aviso de temporal en la costa. El mar está empezando a ponerse feo. Estoy atrapada aquí hoy. Pero tranquila, tengo el móvil conmigo y el vídeo a buen recaudo. Saúl no sabe que lo tengo y Aurora cree que no voy a denunciar. Aunque todavía no sé qué voy a hacer. Por el momento, solo tengo que aguantar esta noche y cenar con la gente. Mañana a primera hora me piro de este sitio.

—No te separes de tu móvil ni un segundo, por lo que más quieras. Mañana en cuanto pises el puerto de la ciudad voy a buscarte. Te quiero. Cuídate, por favor.

—Y yo a ti. Te aviso en cuanto suba al ferri mañana.

Bajo de la zona del faro y, a medida que me acerco a la plaza del ayuntamiento, un jaleo de silbatos, tambores y gritos empieza a comerle el terreno al murmullo de los domingueros.

Al entrar en la plaza, me topo con una pequeña concentración de apenas unas diez personas, rodeadas de curiosos que les hacen fotos con el móvil. En el centro, subido a la barandilla de la fuente principal, está Charly. El payaso de la verja del palacete ha vuelto a desplegar sus peculiares métodos para llamar la atención.

Esta vez no va vestido de payaso, pero su disfraz es igual de extravagante. Lleva un traje de neopreno negro, unas aletas amarillas en los pies con las que da pisotones ridículos en el suelo, una máscara de buceo en la frente y un flotador gigante rosa alrededor de la cintura. Su miniséquito golpea unas cacerolas y sujeta varias pancartas de cartón. Charly grita al megáfono:

—¡Bienvenidos a la Atlántida de los ricos! ¡Pronto los nativos de Isla Ballena tendremos que ponernos los neoprenos y mudarnos al fondo del mar, porque no podemos

pagar los alquileres de nuestras casas! ¡Nos ahogan! ¡Nos expulsan para que cuatro pijos vengan a respirar aire puro y a hacer retiros de pacotilla en nuestros palacetes!

Varios turistas se ríen y le hacen fotos como si fuera una atracción local más. Charly les señala con el dedo de forma acusadora, visiblemente furioso de que se tomen su protesta a broma. Sus métodos son histriónicos, casi cómicos, pero la rabia de sus ojos es totalmente real.

Le observo desde la distancia, cobijada bajo la sombra del soportal de una cafetería. Me parecía un loco pintoresco y molesto, pero hoy, sabiendo la clase de monstruo que se esconde detrás de la túnica blanca de Saúl, casi me dan ganas de subirme a la fuente a gritar con él.

Capítulo 14

Hoy soy una dominguera más en Isla Ballena. Sabiendo que no me puedo ir de aquí hasta mañana y que no quiero pisar el retiro más que para dormir, tengo que aprovechar para despejar la mente y aclarar mis ideas.

Después de la llamada con mi hermana, he acabado haciendo lo más surrealista que se me ha ocurrido: un *free tour* a lo guiri total. Me he integrado en el rebaño que seguía a un chaval con paraguas rojo mientras nos enseñaba el casco antiguo, la iglesia y el faro. Por si fuera poco, nos ha regalado un buen surtido de leyendas negras: narcotráfico, blanqueo de dinero urbanístico, corrupción, la misteriosa desaparición de una joven en los 2000 y un incendio en el internado de monjas del 98 que se llevó la vida de una niña de doce años. Un lujo de lugar. Supongo que necesitaba ese baño de normalidad absurda para no volverme loca del todo con lo que ha pasado con Saúl.

A la hora de comer me he dado un homenaje. He ido al mejor restaurante del puerto y me he metido entre pecho y espalda un pescado al horno para mí sola. Siempre me había dado una vergüenza tremenda hacer algo así; de hecho, nunca había comido yo sola en un restaurante, me parecía patético y sentía que todo el mundo me miraría con lástima, pensando que no tenía a nadie que me hiciera compañía.

Con Marc, salir a comer era una actividad social obligatoria de pareja, algo que solo se hacía de dos en dos o en grupo, pero nunca en solitario. Pero hoy ha sido diferente. Saboreando el plato y tomándome una copa de vino blanco, sin sus reproches ni sus mentiras de fondo, la experiencia me ha gustado. Me he dado cuenta de que no necesito a ningún tío para disfrutar de la vida. Estoy muy bien conmigo misma, y esa es la primera victoria que me asigno en estos seis meses.

Por la tarde, el viento ha empezado a arreciar, trayendo de vuelta ese frío húmedo que te cala los huesos. Para huir del temporal, me he metido en el pequeño cine de la isla. Menuda sorpresa me he llevado cuando he visto que proyectaban una reposición de *La*

chica del tren. Me encantó ese libro en su día, así que me ha parecido la excusa perfecta para aislarme del mundo durante un par de horas.

Al salir, ya casi al atardecer, he dado un paseo largo por los acantilados. He caminado sin rumbo hasta llegar a la playa, ya completamente de noche. Y entonces es cuando todo ha saltado por los aires.

Aquí estoy entre gente amontonada en la barandilla mirando hacia la orilla, los coches de la policía y la ambulancia aparcadas de mala manera en el *parking* del paseo marítimo, y un rumor sobre que Saúl se ha ahogado en la orilla. Y dudo que sea un accidente. Nadie se bañaría hoy en la playa con el temporal que hay en el mar.

El pánico me sube por las piernas y casi no puedo andar con normalidad. La policía seguro que ya está interrogando al grupo y saben que yo he pasado el día fuera... Me van a convertir en la sospechosa número uno por todo el lío del beso con Saúl. Seguro que Aurora ha contado todo y piensa que me he vengado de él.

Salgo corriendo hacia el Palacete de los Ilustres. Necesito ver si la policía ya ha llegado allí, si Aurora ya sabe la noticia y enterarme de qué coño ha pasado.

Llego al recinto completamente exhausta, empapada de sudor y con el corazón a mil revoluciones.

Cruzo la gran verja de hierro esperando encontrarme con patrullas de policía y luces de emergencia entre los cipreses, pero el jardín trasero está en un silencio sepulcral.

Me detengo un segundo y apoyo las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Y entonces se me corta la respiración por completo.

A lo lejos, bajo la luz amarillenta y parpadeante de la farola del porche, distingo una silueta saliendo por la puerta. Lleva el pelo largo recogido en un moño bajo y viste una túnica de lino blanca: es Saúl. El cerebro me hace un cortocircuito brutal. No puede ser él: «¿Pero no está muerto? Es imposible que siga alucinando por la puñetera infusión de hierbas. No entiendo nada».

Parte II

Capítulo 1

Unas horas antes

Charly entra en su casa y tira el traje de neopreno sobre el suelo de baldosas de la cocina. El piso es pequeño, frío, y huele a una mezcla rancia de humedad y tabaco. Al quitarse la capucha de goma, su cabello pelirrojo y alborotado le cae sobre la frente, empapado de sudor. Todavía le zumban los oídos por gritar a través del megáfono durante dos horas.

Su mujer le mira desde la mesa de la cocina, rodeada de papeles y libretas donde ha estado haciendo cuentas.

—¿Cómo ha ido? —pregunta ella.

—Estoy harto, Sandra. Monto la de Dios en mitad de la plaza, me disfrazo de buzo, pego gritos hasta quedarme afónico, ¿y para qué? Para que me sigan cuatro gatos. A la gente de esta isla parece que le da igual que nos echen de nuestras casas; mientras tengan su sueldo de esclavos en los hoteles y sirvan copas a los guiris, miran para otro lado. ¡Ya no me hace caso ni la prensa, joder! Soy un payaso invisible.

Sandra niega con la cabeza y señala los números que tiene apuntados.

—El casero me ha llamado esta mañana: nos echa ya. Dice que ya nos ha dado mucho margen y que ya han aprobado la licencia para convertir el edificio en pisos de alquiler turístico. He estado haciendo cuentas y mirando opciones por toda la isla y está todo por las nubes. Ha subido muchísimo. Con nuestros sueldos no llegamos ni de coña a pagar lo que piden por ahí.

Charly da un golpe en la mesa y seguido tira todos los papeles de la mesa al suelo.

—Es una puta vergüenza. Ya no queda ni un solo piso a un precio normal para los que somos de la isla de toda la vida. Todos los aprovechados de la ciudad vienen aquí solo a hacer negocio y nos perjudican a los demás. Lo compran todo para montar apartamentos

turísticos de lujo o chiringuitos espirituales como el del Palacete de los Ilustres. Nos están asfixiando.

—Lo sé —dice Sandra, tragándose las lágrimas—, pero quejarse en la plaza no va a buscarnos un techo para el mes que viene. Yo ya no sé qué podemos hacer. Nos va a tocar irnos a la ciudad a buscarnos la vida.

En ese momento, el teléfono de Charly empieza a vibrar sobre la mesa de madera. Charly mira la pantalla: es un número fijo de la isla.

—¿Sí?

—¿Charly? Soy Saúl, del retiro. Me gustaría que habláramos.

—¿El gran mesías me llama en persona? —se mofa Charly, apoyándose en la encimera—. ¿Qué pasa? ¿Os ha molestado el espectáculo de la plaza? Pero si esta vez nos hemos ido lejos de vuestro silencio místico.

—Quiero que tengamos una conversación cara a cara —continúa Saúl—. Sin megáfonos ni pancartas, de hombre a hombre. Esta tarde, en el recinto del palacete. Quiero que nos entendamos y busquemos un acuerdo razonable. Si seguimos por este camino, nos veremos obligados a recurrir a los tribunales, y te aseguro que a ninguno nos conviene ese desgaste.

Charly entorna los ojos. Mira las anotaciones de Sandra en la libreta, piensa en las maletas que van a tener que hacer y el desprecio hacia el gurú le enciende la sangre. La oportunidad de cantarle las cuarenta a ese charlatán en su propia cara es demasiado tentadora.

—Muy bien, nos vemos a las cinco —dice Charly—. Pero no esperes que vaya allí a pedirte perdón.

—Solo espero que traigas la mente abierta —responde Saúl antes de colgar.

Capítulo 2

Charly cruza la gran verja de hierro del Palacete con paso firme y desafiante, arrastrando los bajos de la túnica blanca que lleva puesta. La peluca larga castaña le golpea la cara y el crucifijo de madera le bota contra el pecho a cada paso. Sabe que es una provocación ridícula, pero es su marca de la casa. Que no se crea el otro mejor que nadie.

Aurora le espera en el porche. En cuanto él se acerca, ella se queda completamente petrificada. Le mira de arriba abajo con los ojos como platos. Está visiblemente tensa, pero se esfuerza por mantener su habitual sonrisa amable y serena.

—Buenas tardes, Charly. Pasa, por favor —consigue decir, disimulando el impacto.

—¿Dónde está tu jefe? —pregunta él, recolocándose la peluca sintética.

—Está esperándote, sígueme. El grupo de mujeres está dentro del palacete haciendo una meditación guiada por una de las compañeras. Es una práctica de autonomía, para que aprendan a no depender de nosotros cuando vuelvan a sus casas. Solo tengo que entrar a supervisarlas de vez en cuando, así que tenemos intimidad fuera.

—Lo que tú digas, no necesito explicaciones. Solo tengo curiosidad por lo que me quiere contar ese *chamán*.

La joven le guía por el sendero de piedra lateral hasta el claro aislado rodeado de altos setos de boj, justo al borde del acantilado. Es el rincón que usan para las sesiones individuales cuando no llueve.

—Saúl, Charly ya está aquí —anuncia Aurora—. Voy a ver cómo están las chicas y vuelvo dentro de un ratito.

Él se gira y, al ver a Charly disfrazado de su propia caricatura, la mandíbula se le tensa durante una fracción de segundo, pero recupera su máscara de superioridad de inmediato.

—Interesante proyección, Charly —dice Saúl, cruzándose de brazos—. ¿Sientes la necesidad de vestirme como yo para estar en igualdad de condiciones?

—Déjate de discursos baratos de autoayuda —le corta Charly, plantándose frente a él—. Estoy aquí porque me has llamado. A ver, ¿de qué quieres que hablemos, de cómo vuestro retiro de pijos está inflando los precios y echando a la gente de sus casas? A mí me van a echar el mes que viene porque van a convertir mi piso en un alquiler turístico. No hay un solo alquiler normal en toda la isla. La estáis echando a perder con tanta mierda para la élite.

Saúl le escucha sin pestañear. En lugar de alterarse, esboza una sonrisa compasiva, casi paternal, que a Charly le enciende la sangre.

—Para empezar, esta finca ni siquiera es mía —dice manteniendo una calma absoluta—. Esa conversación deberías tenerla con Verónica, la encargada. Yo solo alquilo las instalaciones. Lo que yo hago aquí es una labor de abundancia para atraer riqueza y elevar la energía de esta isla. Entiendo tu dolor, de verdad que lo entiendo. Por eso mismo tienes que ver que estás mirando el problema desde el lugar equivocado. Tu desalojo no es culpa mía ni del turismo. Es una consecuencia directa de la sintonía en la que vibras. Estás atrapado en una escasez extrema y solo tú eres el responsable de tu pobreza.

Charly suelta una carcajada, incrédulo.

—¿Me estás vacilando?

—Hablo totalmente en serio. Mis cursos y mis mentorías enseñan precisamente a romper esos patrones de carencia que bloquean tu vida. El dinero es solo energía. Si estás mal de dinero, si no llegas a fin de mes con tu sueldo, yo puedo ayudarte. Puedo regalarte el acceso a mis cursos *online* para enseñarte a atraer la abundancia y abrir tus canales de riqueza. Solo necesitas dejarte guiar.

Charly se queda de piedra un segundo, asimilando la osadía del tipo. La oferta le resulta tan sumamente ofensiva que la vena del cuello empieza a hinchársele tras la peluca.

—¿Que tú me vas a ayudar a atraer la abundancia? ¡¿Me estás ofreciendo un curso de mierda de los tuyos mientras dejas a las familias en la calle?! ¡¿Pero de qué vas?! Eres un estafador que vive de vaciarle los bolsillos a cuatro pijas aburridas que necesitan que un

charlatán les diga que son especiales para seguir viviendo. A mí no me vengas con tus lecciones de gurú de pacotilla. Eres un parásito que se alimenta de la debilidad ajena.

—La ira es el refugio de los que no quieren asumir su responsabilidad. Prefieres gritar y ridiculizarme antes que aceptar que tu mediocridad es solo tuya. Te estoy ofreciendo un cambio en tu vida, solo te pido que dejes de hacer ruido y que podamos seguir con nuestros retiros sin tus intervenciones.

—¡Te voy a hacer ruido en los tribunales, sinvergüenza! —grita Charly, fuera de sí, acortando la distancia física hasta quedar a unos centímetros del gurú.

Aurora aparece sujetando una bandeja con una tetera de barro y dos tazas.

—He pensado que os viene bien templar los ánimos —dice, ofreciéndoles una taza—. Tomad un poco de infusión, os ayudará a que la conversación fluya mejor.

—Paso de tus hierbas, guapa. Yo prefiero un café solo. Gracias.

Capítulo 3

Aurora regresa con una taza de café recién hecho.

—Tu café, Charly —dice ella con suavidad, tendiéndole la taza.

Agarra la taza con un gesto brusco, salpicando unas gotas sobre la túnica de imitación. Se la lleva a los labios y bebe un trago largo, ansioso por calmar la irritación que le produce hablar con Saúl.

Aurora se sienta en una de las esterillas blancas, cruzando las piernas.

Charly da otro sorbo, apoyándose contra el tronco de un pino cercano. Una calidez extrañamente agradable le recorre la nuca. Intenta mantener la mirada desafiante sobre Saúl, pero su parpadeo se vuelve lento.

—¿Qué me estabas diciendo de tus cursos de mierda? —pregunta Charly. Su voz ya no suena rabiosa, sino desinflada.

—Te decía que la escasez es solo una elección —repite Saúl, inclinándose ligeramente hacia él—. Para recibir ayuda, primero tienes que soltar la armadura.

Charly parpadea de nuevo. Intenta apretar los puños para recuperar la furia que le ha traído hasta aquí, pero los dedos no le obedecen del todo. Siente una necesidad imperiosa de hablar, de desahogarse con él. La presencia del gurú ya no le produce asco, ahora le inspira una confianza absurda y tranquilizadora.

—Estoy cansado, estoy jodidamente cansado. Todo esto del disfraz, del payaso, del megáfono es una pantomima. Lo hago porque no sé qué más hacer. Y nadie me apoya ni me ayuda.

El gurú asiente y le coge la mano, invitándole a seguir.

—Estamos con el agua al cuello —continúa Charly, con la mirada perdida en el vacío—. Nos echan de casa, ¿entiendes? El sueldo no nos llega para nada. Nos han ido subiendo el alquiler sin miramientos. No tengo un duro. Siento que soy un fracaso como

hombre, como marido. No puedo protegerla. No puedo darnos una vida normal en la isla que me vio nacer. Soy un despojo...

—Todos somos una mentira hasta que decidimos sanar —susurra Saúl con tono hipnótico—. Has hecho bien en decírmelo. Estás a salvo aquí.

Charly sonríe. Se siente ligero, flotando en una nube de docilidad absoluta. Es como si le hubieran quitado un peso insoportable de encima.

Pero la paz dura poco.

De golpe, Charly ahoga un grito, llevándose la mano derecha al esternón. Intenta respirar, pero el aire no le llega a los pulmones.

—¿Qué me pasa? —consigue jadear.

Su corazón empieza a golpear contra sus costillas a una velocidad demencial. Siente que la cabeza le da vueltas y la vista se le llena de puntos negros. Intenta levantarse, pero las piernas no le responden. El crucifijo de madera baila sobre su pecho al ritmo de sus espasmos.

—Saúl..., no puedo... no puedo respirar —gime, con los labios empezando a tomar un tono azulado.

La taza de café resbala de sus dedos y se derrama sobre su túnica blanca. Charly cae de costado sobre la hierba, arqueando la espalda en un intento desesperado por conseguir oxígeno.

La máscara de absoluta calma de Saúl se agrieta al instante. Sus ojos verdes se abren mientras se deja caer de rodillas junto a Charly.

—¡Aurora! ¿Qué le has puesto a ese café? —pregunta Saúl. Su tono ya no tiene nada de místico.

Ella, que sigue sentada sobre la esterilla, se tapa la boca con ambas manos, temblando por completo.

—Lo de siempre... —balbucea, con los ojos llenos de lágrimas—. Solo unas gotas del extracto herbal para que se relajara y bajara los humos. Quería que se abriera y que no te gritara. Lo he hecho por ti. No pensaba hacerle daño, lo juro.

—¡Nunca se debe mezclar la dosis con cafeína! —le recrimina Saúl, tomándole el pulso a Charly en la carótida—. El café acelera el ritmo cardíaco y el preparado bloquea el sistema parasimpático. Es una bomba de relojería. Además, no ha firmado nuestra hoja de exención de responsabilidad. No sabemos si tiene una dolencia de corazón o qué patología padece.

—¡Estaba fuera de sí! ¡Solo quería ayudarte! —solloza Aurora, gateando hacia ellos hasta quedar de rodillas al otro lado de Charly—. ¡Haz algo, por favor! ¡Ayúdale!

Saúl presiona el pecho de Charly, intentando iniciar una maniobra de reanimación improvisada, pero el pecho del joven es un amasijo de espasmos descontrolados. Su ritmo cardíaco se apaga con el paso de los segundos. Las pupilas de Charly se dilatan por completo y su mirada queda fija en la copa de los pinos.

Un último estertor escapa de su garganta y, de repente, se queda completamente inmóvil.

—No respira... —murmura Saúl, apartando las manos de su pecho—. Ha colapsado. Su corazón no lo ha aguantado. ¿Dónde está su móvil? ¡Hay que llamar a una ambulancia!

Aurora, que observa la escena con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada, se abalanza sobre él y le frena las manos, presa del pánico.

—¿Estás loco?! —grita ella, temblando por completo—. Si llamamos a emergencias y vienen aquí, la policía ordenará una autopsia, encontrarán el extracto en su sangre. Registrarán el palacete, descubrirán las sustancias que usamos en los retiros y se darán cuenta de que le hemos drogado. ¡Me culparán a mí! Yo le he traído la taza, mis huellas están en el café, yo preparé la dosis... Iremos a la cárcel. Se acabó el negocio, las mentorías, el dinero...

Saúl se queda paralizado, mirando a Aurora.

—Ha sido un accidente... —susurra ella, mientras le caen lágrimas de desesperación corriéndole por las mejillas—. Yo solo quería que se relajara, que se abriera a ti y no te gritara más. Porque te quiero y no quiero que nadie te haga daño. No quería matarle, pero si se enteran mi vida se ha terminado.

Saúl se pasa una mano por el rostro, asimilando el horror, y mira a su alrededor para asegurarse de que nadie los ha visto.

—Hay que hacer algo —dice, levantándose despacio—. Si ese cuerpo se queda aquí, estamos acabados los dos. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que alguien lo encuentre.

Capítulo 4

—Cógele de los pies. ¡Vamos! —sisea Saúl entre dientes.

Aurora se agacha de mala manera y agarra los tobillos de Charly. Sus manos resbalan.

—Pesa demasiado... ¡No puedo, se me escurre! —gime ella al borde de la hiperventilación.

—¡Tienes que poder! ¡Tira!

Avanzan con una torpeza extrema. Arrastran el cadáver colina abajo hacia el final de la finca que da a un acantilado. Dan pasos en falso, resbalan con la hierba y la túnica de Charly se va enganchando en las raíces, tiñéndose de verde y barro. Es una escena grotesca.

A empujones y trompicones, consiguen llevar el cuerpo hasta el mismísimo borde del precipicio.

—Un último empujón a la de tres —ordena Saúl, conteniendo el aliento—. Una... dos... ¡tres!

Charly cae al vacío, girando en el aire hasta que impacta contra las rocas y es engullido de inmediato por una violenta ola.

Aurora se desploma en el suelo, de rodillas, sollozando sin consuelo, con las manos manchadas de barro. Saúl se yergue despacio, intentando recuperar el control y alisándose la túnica para borrar cualquier rastro de la pelea.

—Ya está —dice Saúl, respirando hondo—. Ahora volvemos dentro, nos cambiamos y actuamos como si nada. Parecerá un accidente de un demente que ha venido a protestar disfrazado y que ha querido entrar a la finca desde una zona peligrosa.

—Saúl..., nos van a pillar... —susurra, con la voz quebrada—. Seguramente su mujer sabe que venía esta tarde al palacete a hablar contigo. Y el grupo ya lleva mucho rato sin supervisión, nos hemos ausentado demasiado tiempo.

Están perdidos.

La realidad cae sobre ellos con la fuerza de un mazazo, pero el instinto de supervivencia de Saúl se activa de inmediato.

—Límpiate la cara. Respira hondo. Entramos ahí dentro y actuamos como si nada hubiera pasado. Nadie tiene por qué acusarnos de nada. Él mismo puede haberse drogado antes de venir y haberse caído por accidente cuando se iba de la finca. Nosotros no sabemos nada. No sabemos si sus problemas financieros le han llevado a las drogas.

Aurora asiente y se seca las lágrimas.

Cruzan el porche a paso rápido y empujan la gran puerta de entrada del palacete. En el gran salón, el grupo de mujeres empieza a desperezarse de la meditación guiada, abriendo los ojos lentamente y estirando los brazos.

Saúl da un paso al frente, esboza su sonrisa más cálida y abre los brazos.

—Bienvenidas de vuelta, almas bellas. Ha sido una sesión intensa, llena de revelaciones. Ahora lo mejor es que vayáis a descansar a vuestros bungalós antes de la cena. Necesitáis integrar todo lo que habéis sentido para que os lleváis el aprendizaje a casa.

Las mujeres salen del salón despacio murmurando palabras de agradecimiento.

—Vamos —le susurra Saúl a Aurora—, tenemos cosas que gestionar para la cena.

Saúl entra en la cocina privada y abre el armario de la despensa, de donde saca los frascos de cristal oscuro que contienen el extracto de hierbas concentradas. Sin miramientos, los vacía uno a uno en el fregadero, dejando que el líquido incoloro se pierda por el desagüe, y abre el grifo para eliminar cualquier residuo.

Mientras tanto, Aurora revuelve los cajones de la mesa de despacho. Encuentra los archivadores con las fichas personales de las asistentes, las anotaciones de las dosis personalizadas y las libretas de contabilidad B donde registran las compras de las drogas.

—¿Qué hago con esto? —pregunta Aurora.

—¡Al fuego! ¡Todo! —grita Saúl, metiendo las carpetas en la barbacoa de gas de la cocina y encendiéndolas con un soplete.

El sol se oculta tras el horizonte de Isla Ballena, dando paso a una noche cerrada.

Durante la cena Saúl no ha dejado de mirar el camino de entrada esperando la llegada de la policía.

De repente, ve una silueta avanzar por el sendero.

Es Eva.

Saúl sale al porche en un intento desesperado de componer su figura de líder espiritual e inocente antes de que nadie más la vea llegar.

Eva retrocede un paso como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Saúl...? No... no puede ser.

—Eva, ¿qué haces aquí fuera? —pregunta él, forzando su tono más sereno, aunque el pulso le va a mil—. Deberías estar en tu bungaló.

—Pensaba... pensaba que habías muerto. Han encontrado un cadáver en la playa y todo el mundo dice que eres tú.

Las palabras de Eva caen como una guillotina.

Antes de que pueda articular palabra, el sonido de un motor interrumpe el silencio de la noche.

A lo lejos, unos destellos azules cortan la oscuridad. Un coche patrulla avanza lentamente por el camino de grava hasta la entrada, iluminando el porche y sus rostros con una rítmica y acusadora luz azul.

Capítulo 5

Eva

Ha hecho falta un año entero para que acabara esta pesadilla. Todavía a veces me despierto en sueños asaltada por el caos de aquella noche. La confusión de ver a Saúl vivo en el porche, convencida de que el cuerpo que habían encontrado en la playa era el suyo, fue el principio del fin para el retiro en la isla.

Aún hoy me asombra lo estúpidos y torpes que fueron con lo de Charly. Supongo que, cuando te crees un dios todopoderoso, tu sentido común se reduce a cero. No pensaron en absoluto. Lo tiraron por el acantilado convencidos de que el océano se tragaría su secreto, pero nada de eso. Desde que lo arrojaron al agua, no tardó ni media hora en llegar a la orilla de la playa más cercana, debido a la brutal fuerza del temporal.

Cuando llegó la policía, la identificación fue inmediata. El cabello pelirrojo de Charly hizo que todo fuera mil veces más rápido. En una isla tan pequeña, él era un hombre de sobra conocido por todos. Los agentes ataron cabos en un par de llamadas. Hablaron con Sandra, su mujer, y acudieron directos al palacete a interrogar a Saúl.

No sé cómo pudieron llegar a pensar que se librarían de algo así tan fácilmente, es ridículo. Tanto predicar la famosa ley de la atracción y la manifestación del universo, y resulta que su gran plan criminal consistió en tirar un cadáver al mar en mitad de un temporal y esperar a librarse en modo milagro. Un auténtico caso de «consejos vendo que para mí no tengo». Podían controlar el rebaño, pero no se puede controlar las mareas.

Sandra, la mujer de Charly, no tardó en presentarse en la finca, escoltada por la policía. Sabía perfectamente que su marido había ido a enfrentarse a Saúl. A partir de ahí, todo fue cayendo paso a paso.

La autopsia reveló niveles altísimos de burundanga en su sangre, combinados con cafeína, una mezcla que resultó letal debido a una miocardiopatía hipertrófica que padecía

de nacimiento. Su mujer confirmó que Charly jamás tomaba drogas porque podían matarle. Eso dejó claro que no había sido un accidente, sino un homicidio.

Cuando la policía empezó a registrar el palacete y a interrogar al personal, Aurora no tardó en hablar. Se derrumbó por completo y confesó cómo utilizaban aquellas infusiones *sanadoras* para calmarnos, manteniéndonos dóciles y receptivas a sus discursos para que adorásemos a Saúl y les entregáramos nuestros ahorros sin rechistar.

Eso sí, fiel a su papel de mosquita muerta, se lavó las manos de inmediato: juró que ella no tenía ni idea de que lo que nos servía era burundanga. Según su declaración, Saúl era el único cerebro de la operación, el que conseguía las sustancias en el mercado negro y preparaba las mezclas para los retiros. Que lo hacía en su beneficio para aprovecharse de algunas mujeres, y tenía pruebas.

Y vaya si las tenía.

Al principio, Saúl intentó defenderse con uñas y dientes alegando que yo había planeado todo lo del beso. Le dijo al juez que yo misma había escondido el móvil para grabar la escena y fingir el abuso con el único objetivo de tenderle una trampa y extorsionarle.

Sin embargo, su estrategia de defensa se desmoronó por completo cuando Aurora confesó ante los inspectores. Para salvar su propio pellejo admitió que lo había grabado ella porque sospechaba que le era infiel en los retiros. Explicó cómo me había quitado el teléfono para ocultarlo en el jardín antes de la sesión, confirmando punto por punto que Saúl me había besado a sabiendas de que yo estaba completamente drogada e indefensa.

Mi testimonio fue la llave para que Margot y muchas otras mujeres se atrevieran también a alzar la voz y a sacar a la luz los abusos que habían recibido. Nos unimos para denunciarle y, a medida que la investigación avanzaba, comprendimos que mi historia era solo la punta del iceberg. Saúl había llegado muchísimo más lejos con otras compañeras.

La fiscalía no tuvo piedad. Al cargo de homicidio imprudente por la muerte de Charly se le sumaron los de agresión sexual continuada, estafa coercitiva y delito contra la salud pública.

Y aunque Aurora intentó venderse como una víctima desvalida que solo seguía órdenes, el juez no sé tragó su actuación de marioneta inocente. No puedes declararte ajena a la culpa cuando eres tú quien dosifica, prepara y sirve drogas en cada taza de infusiones, por mucho consentimiento que te firmen. Se le acusó de cooperadora necesaria, una tipificación penal que en la práctica la sitúa casi al mismo nivel de responsabilidad y condena que a él.

Hoy se encuentran en prisión preventiva, sin derecho a fianza, esperando un juicio que los más probable es que los deje entre rejas durante mucho tiempo.

¿Y yo? Bueno, mi vida ha dado un giro de los gordos, aunque a simple vista no lo parezca.

Durante mucho tiempo pensé que necesitaba que alguien me salvara. Busqué ese salvavidas en Marc, y luego caí de cabeza en la trampa de Saúl buscando una paz que yo era incapaz de encontrar por mí misma. Qué ironía... Tuve que tocar el fondo más oscuro para darme cuenta de que la única persona capaz de rescatarme era yo.

He superado a Marc. De verdad. Ya no hay dolor ni nostalgia al recordar su nombre. Le deseo lo mejor, pero ya no forma parte de mis rayadas mentales.

Ahora estoy soltera, y no me suena a soledad o a fracaso. No tengo ninguna prisa por encontrar pareja, ni ganas de rellenar mis silencios con las expectativas de otra persona.

Hoy soy feliz. Una felicidad imperfecta y terrenal porque he aprendido a disfrutar de mi propia compañía. Y lo mejor de todo es que sé que mi mente, mis decisiones y mi vida vuelven a ser completamente mías.

Epílogo

Querido Saúl:

Pronto iré a visitarte de nuevo a prisión, ya tengo reservado el billete de autobús para el próximo sábado. Estoy deseando verte de nuevo en persona.

Tengo grandes noticias. Por fin se ha formalizado mi divorcio y esta misma semana ponemos a la venta la casa. Me da exactamente igual lo que diga la gente de mi entorno. Piensan que estoy loca por vaciar mis cuentas para costear tu proceso, pero yo sé lo que tenemos. Me siento muy afortunada por haber sido la elegida para ser tu pareja espiritual.

Con mi parte de la venta de la casa, más los fondos que estoy recaudando *online* y echando las cartas, ya podemos empezar a buscar un sitio para el nuevo santuario. Además, la escuela *online* que hemos montado está teniendo muchísimo éxito. El canal de suscripción no para de crecer. Las grabaciones de audio que me envías todas las semanas, en las que das tantos consejos de valor y expones cómo estás transitando esta situación tan injusta después de la trampa que te tendieron, funcionan de maravilla. Somos muchas las fieles que te apoyamos desde todo el mundo.

Con esos ingresos ya he podido contratar al bufete de abogados penalistas que me pediste para llevar tu recurso. Confío en ti y me niego a declarar en tu contra en el juicio; al contrario, compareceré ante el juez para defenderte con uñas y dientes, y les diré claramente que las otras que solo querían destruir tu negocio y tu reputación al no conseguir tu amor. Son incapaces de aceptar que están viviendo en una mentira, pero nosotros sabemos la verdad.

Sigue resistiendo ahí dentro. No olvido lo que me dijiste en nuestra última sesión privada: que yo era la única mujer fuerte, madura y honesta de todo el retiro. Te lo quiero seguir demostrando.

Estoy deseando que salgas de ahí para que dirijas el nuevo centro conmigo.

Nos vemos el sábado.

Te amo,

Bety

P.D.: Las sesiones presenciales de tarot en mi casa están yendo de maravilla. Estoy usando como tú un rosario de madera con aceite esencial de sándalo y cedro, y el ingrediente secreto. Es increíble lo rápido que abren su mente y lo generosas que se vuelven con las donaciones cuando nos abrazamos al final de la sesión.

Sobre el contenido extra

ATENCIÓN: CONTIENE SPOILERS.

No leas esto si no has terminado la novela.

¡Gracias por haber llegado hasta el final de esta pequeña historia en Isla Ballena! En las próximas páginas he incluido curiosidades y anécdotas del proceso creativo: los capítulos que más me costaron, ideas que eliminé y secretos que hay detrás de algunas tramas. Espero que disfrutes este viaje al interior de mi cabeza y que comprendas un poco mejor cómo cobran vida las historias de Isla Ballena.

Aprovecho para recordarte las **tres novelas que forman parte de la serie Isla Ballena**:

El faro nunca olvida · La casa lo sabe todo · Las cenizas del internado

Se pueden leer en cualquier orden, ya que son autoconclusivas. Están disponibles en [Amazon en formato ebook y papel](#).



Curiosidades sobre *Retiro en la isla*

El proceso de escritura

A principios de 2026, cuando publiqué mi primera novela, *El faro nunca olvida* (iniciando la serie Isla Ballena), descubrí que el mundo literario se divide en dos tipos de creadores: los escritores mapa y los escritores brújula. Yo pertenezco, sin remedio, al segundo grupo: de las que empiezan con una idea y se dejan llevar por donde pida la historia. Sin embargo, durante muchos meses viví convencida de que el éxito profesional pertenecía en exclusiva a los primeros, a esos escritores que diseñan fichas kilométricas de personajes y estructuran una escaleta milimétrica de cada capítulo, escena y giro antes de redactar la primera línea.

Llevaba meses luchando contra mi propia naturaleza brújula. Me autoexigía una planificación previa para, supuestamente, evitar los temidos bloqueos. Con los dos primeros libros de la serie la intuición funcionó de maravilla: *El faro* fluyó del tirón y el segundo, *La casa lo sabe todo*, avanzó a buen ritmo, aunque me rompiera un poco la cabeza con el desenlace. El problema llegó con el tercero, *Las cenizas del internado*. Quise forzar el método, experimentar y planificar de más. ¿El resultado? Un bloqueo absoluto que me obligó a dar un vuelco íntegro a la novela cuando ya llevaba más de la mitad escrita. Intenté complicar la trama para hacerla más compleja y, al final, tuve que prescindir de subtramas y simplificar para que todo volviera a fluir.

Para colmo, mi proceso de revisión también estaba en crisis. Con las tres novelas de Isla Ballena utilicé el mismo sistema: escribía un capítulo y se lo enviaba de inmediato a mis hermanas y mi marido, que son mis lectores cero. Soy trilliza y, confirmando lo que toda la vida nos ha dicho la gente, compartimos cerebro. Esa es la ventaja de tener mente colmena, que me ayudan a pensar. Con las dos primeras funcionó, pero con la tercera me di cuenta de que buscar su *feedback* sin tener un manuscrito completo me generaba

demasiada presión y ralentizaba mi ritmo. Ojo, valoro su opinión más que nada, pero a veces su perfeccionismo choca con mi frustración en pleno bloqueo.

Ahí fue cuando decidí cambiar las reglas del juego para la historia que tienes en tus manos.

Este relato corto nació en apenas tres días de absoluta inmersión, metiendo horas a muerte porque estaba superinspirada. Tras el desgaste de la tercera novela, con este disfruté muchísimo. Lo escribí del tirón, a solas, y solo cuando estuvo terminado se lo entregué a mis hermanas. De haber ido capítulo a capítulo, probablemente me habría estancado en el camino.

Mientras le daba forma a este texto, leía *Mientras escribo*, de Stephen King. Fue una revelación. Descubrí que el rey del terror comparte mi mismo ADN de brújula: para él, las historias son fósiles que se van desenterrando poco a poco, sin mapas ni guiones previos. Además, defiende a capa y espada que el primer borrador se escribe a puerta cerrada, del tirón, y que solo en el segundo entra en juego su lectora cero (en su caso, su mujer).

Saber que un referente de la talla de King trabaja bajo esa misma premisa me quitó un peso de encima enorme. Me rebajó la presión y la autoexigencia, y me demostró que no hay un método correcto, sino el método que te funciona a ti. Escribir este relato a favor de mi naturaleza, y no en su contra, ha sido el proceso más liberador de mi corta carrera. Menos mal que me he dado cuenta pronto.

Por qué un gurú

Hacía tiempo que me rondaba la cabeza la idea de escribir una historia con tintes sectarios. Como adicta al *true crime* y a los documentales de casos reales, el fenómeno de las sectas es algo que siempre me ha inquietado y fascinado a partes iguales. Pero esta vez no quería quedarme en el cliché clásico, mi intención era cruzar esa línea y poner el foco en los gurús actuales, esos que hoy en día plagan no solo el sector del desarrollo espiritual, sino también los círculos del *marketing* y el emprendimiento.

Llevo más de una década en el mundo del emprendimiento digital, gestionando mis propios negocios y trabajando en agencias como profesional del *marketing*. A lo largo de estos años he visto proyectos de todo tipo, desde temáticas místicas y esotéricas hasta el sector financiero, y lógicamente me he topado con gente maravillosa y honesta, pero también con más de uno que se creía un auténtico semidiós.

Saúl, el antagonista de esta historia, no es nadie en concreto, pero perfectamente podría ser una mezcla de muchos de ellos.

Con este libro no buscaba hacer una crítica destructiva. Soy consciente de que muchos de estos guías ayudan de verdad a la gente. Además, mentiría si dijera que el tema me es ajeno: siempre he sido curiosa y escéptica a partes iguales. En varios momentos de mi vida he sentido la inquietud de dejarme llevar y aprender sobre numerología, tarot o cábala, he meditado y he probado técnicas místicas, aunque sigo sintiendo que mi espiritualidad no está desarrollada y que soy demasiado terrenal y lógica.

Lo que me interesaba en este relato era explorar el peligro de llevar esto al extremo. Al final, la novela derivó en la creación de un gurú bastante repulsivo. Y, sinceramente, creo que me quedé corta. Viendo cómo funcionan muchas de estas comunidades en la realidad, que a menudo empiezan con las mejores intenciones y terminan trastornando por completo a las personas, la ficción a veces se queda demasiado suavizada.

Inspiración

A lo largo de mi trayectoria como responsable de *marketing* en diversos proyectos, me he visto en la necesidad de documentarme a fondo sobre los asuntos más dispares: desde la costura creativa, las *startups* y las finanzas, hasta las criptomonedas, la historia, la astrología, la numerología, el tarot o la ley de la atracción.

Las doctrinas que predica Saúl en la novela nacen, en gran parte, de los aprendizajes que adquirí mientras gestionaba proyectos dentro de ese sector tan místico. Para dar vida al personaje y lograr que resultara lo más magnético y creíble posible, me

sumergí de lleno en el contenido de diversas personalidades de este mundillo, analizando sus discursos en vídeo y el comportamiento en sus redes sociales.

El amor obsesivo, casi irracional, que Bety siente por Saúl en estas páginas no es una exageración literaria, sino el reflejo exacto de cómo muchas seguidoras reales idolatran hoy en día a sus propios gurús.

El personaje de Margot está inspirado en una mezcla de personas reales. No sé si es peor Saúl o Margot, decídelo tú.

Si el final o el epílogo de esta novela te ha parecido perturbador, déjame decirte que la realidad, una vez más, se encargó de darme la idea.

Mientras construía el desenlace de la historia, recordé el caso de Warren Jeffs, el líder de una secta extremista americana cuya historia se popularizó en el documental de Netflix *Sé dócil: Orar y obedecer*. Jeffs cometió delitos atroces y fue condenado a cadena perpetua, pero la prisión no sirvió para frenar su lavado de cerebro.

Aprovechando las llamadas y visitas, el gurú seguía grabando sus sermones y directrices en cintas de audio. Esas grabaciones se enviaban en secreto a su comunidad, y sus fieles se reunían a escucharlas y a acatar sus órdenes con la misma devoción ciega de siempre, como si el mesías siguiera libre.

La idea de que un gurú puede seguir manipulando a sus seguidores incluso estando entre rejas fue la chispa que me inspiró para el epílogo.

Por cierto, la escena del prólogo con el cadáver en la playa está narrada tal y como lo viví un fin de semana en la playa de Castro Urdiales, donde mis padres tienen un piso de veraneo. No se trataba de ningún gurú, sino de un hombre que lamentablemente murió ahogado, pero la experiencia fue exactamente así. Lo que lees en el libro es una reconstrucción casi exacta de cómo presencié ese momento. Todavía se me pone la piel de gallina.

Finales descartados

Mi hermana Maite es la mayor crítica de lo que escribo, después de mi marido. Pero me fío de su criterio porque lee mucho *thriller*, como yo. A Maite no le gusta el final de este relato. Suelo hacerle caso en todas sus críticas constructivas, pero en esta ocasión he preferido seguir mi instinto. Lo he contrastado con otras lectoras beta, que también confirman que les gusta como lo he cerrado.

La idea que me proponía Maite como final era mantener el epílogo pero que en la carta se viera que Bety va de seguidora fiel y salvadora del legado, pero que al final se la juegue. A mí no me convencía, pero bueno, te dejo un extracto del final que me proponía ella:

Como el juez ha bloqueado todas tus cuentas bancarias y las de Aurora por la investigación judicial, he reaccionado rápido: les he dicho a todas las fieles que la policía quiere destruir tu obra y que el Universo me ha nombrado tu canalizadora en el exterior. Están tan entregadas a la causa que ahora me envían los pagos de las suscripciones y las mentorías directamente a mi cuenta personal para mantener a salvo el dinero del santuario.

Bety

P.D. Por cierto, le he pagado el doble al bufete para asegurarme de que pierdas el recurso y te condenen a la pena máxima. Como tú mismo me enseñaste: en esta vida hay cohetes y anclas, y yo no voy a dejar que un preso hunda mi nuevo imperio.

Por otro lado está mi marido, Pablo, que es todavía más crítico que Maite —si eso es posible—. Los libros de misterio no son lo suyo, pero se lee todo lo que escribo y siempre me da un *feedback* sincero. Sorprendentemente, este relato es de los que más le ha gustado, lo cual es todo un logro porque suele ponerle pegas a todo. Esta vez, su único pero ha sido el final: él prefería que fuera Margot quien matase a Charly creyendo que era Saúl. A mí no me convencía, me parecía demasiado predecible que acabase implicada en el crimen. Sé que habrá a quien le hubiese gustado otro desenlace, pero ya se sabe, es imposible contentar a todo el mundo.

Sobre el universo Isla Ballena

Isla Ballena es un lugar ficticio, pero inspirado en tantos y tantos pueblos pequeños de la costa del norte; de esos con olor a mar y lluvia, con grupos de amigos que solo se ven en verano, pero también con sus cosas no tan bonitas: vecinos cotillas, drogas, machismo, gentrificación y relaciones complicadas.

En todos los libros de la serie me gusta tocar estos temas de fondo, pero sobre todo lo que me mueve es explorar la psicología de los personajes. Me encanta meter a gente normal y corriente en situaciones límite que empiezan pareciendo el día a día de cualquiera. No me interesan las historias grandilocuentes con asesinos en serie ni heroínas perfectas, prefiero crear personajes más reales, con sus contradicciones y sus sombras, en los que te puedas reconocer. Además, a lo largo de toda la serie siempre termino explorando el impacto de las relaciones abusivas y cómo los traumas del pasado nos marcan en el presente.

- En las cuatro historias hay un personaje pelirrojo.
- En *El faro nunca olvida* y en *Las cenizas del internado* hay un personaje que se repite.
- *Retiro en la isla* y *La casa lo sabe todo* comparten escenario.
- *El faro nunca olvida* es el libro que más referencia de autoficción tiene, quienes me conocen me lo suelen decir.
- *Las cenizas del internado* tiene un final basado en hechos reales.
- *La casa lo sabe todo* nunca podrá convertirse en serie o película, y solo quien lo lea sabrá por qué.
- En todos los libros hay escenas inspiradas en hechos reales que se han ficcionado.
- También en todos ellos la maternidad es un tema de fondo, y no tan de fondo.
- Hay personajes de mis libros que tienen el nombre de algunas de mis lectoras beta.

- *El faro nunca olvida* lo escribí en 2025 y lo publiqué en 2026. Lo dejé en un cajón porque no me atrevía a sacarlo. El resto los he escrito y publicado en 2026.

¿Por qué L. F. Lauren?

Fácil. L de López, F de Fernández y Lauren de Laura. Publico con pseudónimo porque, seamos realistas, Laura López suena a vecina de enfrente. Ojo, que puede ser encantadora, pero no vende misterio.

Soy una marketera de Getxo del 85 y a la que a mediados del 2025 le dio por explorar su lado más oscuro y escribir novela de misterio psicológico. Así que, si haces cálculos, tenía 39 años cuando empecé con todo este jaleo.

Si te digo la verdad, cuando escribí *El faro nunca olvida* pensaba mantenerme en la sombra y no decir a nadie que el libro era mío. Me sentía un poco ridícula escribiendo historias sobre desapariciones de adolescentes, muertes desagradables y gente un poco trastornada. Pensaba: «¿Qué va a decir la gente? Van a creer que yo también estoy loca». Bueno, un poco tengo que estarlo para inventarme estas historias, ¡ja, ja, ja! Pero es que mi imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y documentales *true crime*.

Además de la vergüenza, también hay un tema estratégico de fondo: buscaba un nombre con sonoridad internacional. Mi sueño es que mis libros se traduzcan al inglés en algún momento y lleguen al mercado internacional.

También quería diferenciar claramente mis dos libros de *marketing* de los de ficción y conectar con los lectores de *thrillers* psicológicos y *domestic noir*, ya que el nombre en la portada es parte de la atmósfera y Laura López es una sosada.

Más cosas sobre mí:

- Soy trilliza con genes idénticos. Puedo cometer un crimen y culpar a mis hermanas sin problema.
- Me encantan los gatos. Tengo a Menta y Kiwi tatuados en mis brazos.
- En 2013 emprendí por primera vez y tuve durante diez años mis negocios *online*: primero como diseñadora *freelance* (como Sara en *La casa lo sabe todo*) y luego como consultora y formadora de *marketing* para creativos *freelance*.
- Trabajé durante un año y medio en el museo Guggenheim de Bilbao. En esa etapa conocí a Gwyneth Paltrow y a los actuales Reyes de España. Se podría decir que estoy a solo seis pasos de Kevin Bacon (ya sabes, la famosa teoría de los seis grados de separación).
- He sido encuestadora, camarera, dependienta de una tienda de maletas, administrativa, diseñadora gráfica/web, consultora y profesora de *marketing*, profesora de macramé, autora de libros de emprendimiento y escritora de novela de misterio.
- El ganchillo y el punto son mi afición favorita, además de leer *thrillers*. En *El faro nunca olvida* me inspiré en mi grupito para uno de los capítulos.

Gracias por acompañarme en esta aventura

Escribir es un acto solitario, pero una historia solo cobra vida cuando alguien la lee. Por eso te agradecería de todo corazón que compartieras tu opinión sobre este relato en Amazon. Como autora independiente, tu reseña es la herramienta más poderosa para que este libro llegue a nuevos lectores.

No hace falta que sea larga, con un par de frases honestas sobre lo que sentiste al leerlo es suficiente.

[Deja tu reseña en Amazon aquí](#) o escaneando este QR con la cámara del móvil:



¿Me ayudas con una crítica constructiva? Puedes escribirme a info@escritoralauren.com o en mi Instagram [@lauralofer](https://www.instagram.com/lauralofer).

Contesto siempre a todos los *e-mails*, aunque tarde un poco.

¡Mil gracias por tu apoyo!

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias de corazón a todos los lectores de la serie Isla Ballena y a cada una de las personas que me acompañáis al otro lado de la *newsletter*. Vuestro apoyo es el motor que me impulsa a seguir creando historias.

A mis hermanas Elsa y Maite, y a mi marido Pablo, por estar ahí siempre, leer el manuscrito a ciegas y llenarlo de buenas ideas. A Maite y Pablo, siento en el alma no haber aceptado vuestros finales alternativos. Sé que otras veces os hago caso, pero esta vez el instinto me arrastró sin remedio por otro camino. Gracias por entenderlo y por estar siempre al pie del cañón.

A Arrate, una vez más, gracias por ejercer de lectora beta. Es un auténtico lujo contar con tu apoyo incondicional y con tu mirada crítica. Tus comentarios siempre consiguen mejorar lo que escribo.

Por último, quiero dar las gracias a mis compañeros de profesión, a esos escritores de *thriller* nacional (y otros géneros) que me han tendido la mano y me han arropado desde el primer momento, haciéndome sentir bienvenida en este sector: Luis A. Santamaría, Pablo Poveda, Jota Mordillo, Egoitz Martínez, Adolfo Rodríguez, Nieves Linares, Marc Colombo, Mia Faraday, Jorge Zaragoza... Sé que me dejo nombres en el tintero y que, por suerte, esta lista no dejará de crecer, pero vuestra generosidad con una recién llegada es algo que no olvido.

Querría agradecer de manera individual a cada uno de los *bookstagrammers* que dedicáis vuestro tiempo y vuestro espacio a hablar de mis libros, pero sería una tarea imposible, sois tantos que me daría terror dejarme a alguien y cometer una injusticia. Por eso, prefiero enviaros un GRACIAS en mayúsculas a todos los que compartís mis historias

en vuestras cuentas. Vuestra pasión y vuestras recomendaciones son el verdadero altavoz de la literatura independiente.

Gracias a todos por hacer posible esta historia.

Acerca de L. F. Lauren

L. F. Lauren (Getxo, 1985), autora de dos libros de *marketing*, ahora se adentra por el territorio de la ficción con la serie de libros independientes de Isla Ballena.

Lectora apasionada de novela policíaca, de misterio y de *domestic noir*, su imaginación se ha moldeado entre maratones de series de suspense y el análisis minucioso de casos de *true crime*.

Esa pasión se traduce en una escritura que busca lo que ella misma exige como espectadora: capítulos adictivos, repartos de pocos personajes con voces profundas, giros inesperados y tramas tan cotidianas que resultan inquietantes porque podrían ser reales.

En su universo narrativo siempre parece que es otoño. Le atraen los escenarios sombríos, la lluvia y las historias que diseccionan la anatomía del trauma, las relaciones tóxicas y el peso asfixiante de la culpa, elementos que hilan la trama de Isla Ballena.

Web: escritoralauren.com

Instagram: [@lauralofer](https://www.instagram.com/lauralofer)